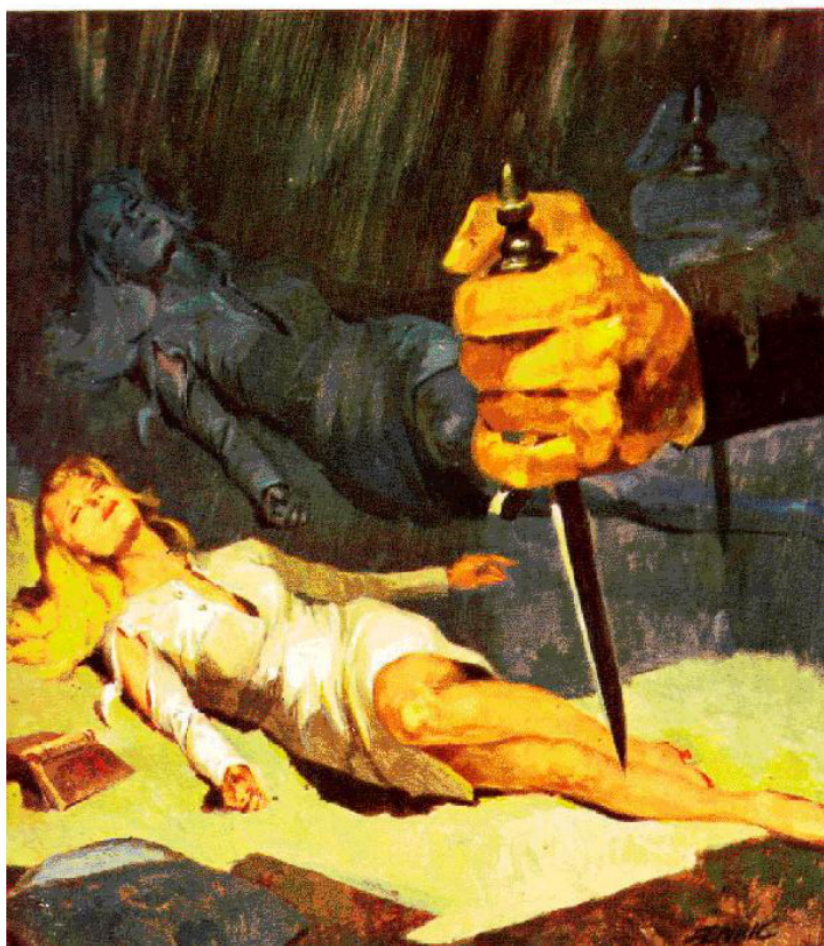




muerte doble

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

MUERTE DOBLE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 678

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 4.803 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1975

© BURTON HARE, 1975

texto

© ENRIQUE MARTÍN - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1285 — La dama del callejón.

En Colección PUNTO ROJO:

675 — Al sur del crimen.

En Colección LA HUELLA:

20 — Morir no gusta a nadie.

CAPÍTULO PRIMERO

Aunque entonces nadie podía sospecharlo, la pesadilla empezó donde todo hacía suponer que terminaba.

Una pesadilla que había costado ríos de sangre, corrupción e indignidades sin nombre.

Nadie mejor que yo para saberlo, porque parte de aquella sangre vertida inútilmente había sido casi mía. Sangre de quien yo más amaba y por quién había llorado igual que un niño.

Sin embargo, aquella noche estaba seguro de que todo iba a terminar de una vez para siempre.

Definitivamente.

Agazapado en la negrura del callejón, conteniendo el aliento y apretando la pistola en la mano, aguardaba solamente la señal para lanzarme sobre aquella bestia con forma humana.

Porque yo tenía que matarlo.

No habría ninguna fuerza en la tierra que pudiera impedirlo.

Una voz susurró a mi lado:

—No debiste tomar parte en esto, George.

—Cállate.

—Estás demasiado nervioso.

—Nadie tiene más derecho que yo a matar a ese hijo de una hiena.

—No vas a matarlo, George. Si es posible, debe ser detenido.

No pude contenerme, y mis dientes rechinaron cuando encajé las mandíbulas salvajemente para evitar delatarme.

De modo que no repliqué.

Masón susurró de nuevo:

—Todos saldríamos ganando, si te mantuvieras al margen, George.

—¡Basta!

Una sombra, más negra que las tinieblas que nos rodeaban, se

materializó a nuestro lado. Era el sargento Skouras.

—Todo dispuesto —musitó—. Los tiradores especiales están apostados en la parte posterior del garaje.

Masón dijo con voz contenida:

—¿Y ese edificio que están derribando? Puede escapar por allí.

—También está cubierto, señor. Incluso he apostado un hombre armado con un rifle telescópico en la torreta de la máquina.

Levanté la mirada. Al fondo, un gran edificio de viejos apartamentos estaba siendo derruido. Una gigantesca máquina de demolición se alzaba, recortándose contra el brillo de las estrellas como un dinosaurio petrificado en medio de la noche.

Mi compañero gruñó:

—Vamos allá. ¿Tienes el megáfono, sargento?

—Aquí...

Se lo entregó a él.

Mis nervios me dolían por la prolongada tensión soportada hasta entonces. Cambié la pistola de reglamento a la izquierda y sequé la palma de la mano derecha contra el pantalón. Luego, volví a empuñar la 45 con la diestra y me incorporé, pegado a la pared.

Sabía que había policías por todas partes. Era una; de las mejor montadas operaciones de toda la historia de la policía de la ciudad, como el hombre que yo iba a matar era también el peor y más sádico asesino de que se tenía noticia.

De pronto, la voz de Masón, amplificada por el megáfono, retumbó en el silencio.

—¡Tony Pirro! —bramó—. Estás rodeado. No tienes escape. Te concedemos un minuto para salir con las manos en alto. Después atacaremos.

Instantáneamente, poderosos focos estallaron como una catarata de luz, bañando la ruinoso fachada del pequeño garaje abandonado.

Allí dentro estaba nuestra presa, aquella rata que me había arrebatado parte de mi propia vida.

No hubo ninguna respuesta.

Pasó un minuto y algunos segundos de propina.

Yo dije:

—Allá voy, Fred. Pirro es mío.

Di un paso adelante, y la garra de Masón cayó sobre mí, casi con rabia.

—¡Quieto ahí, estúpido! —Gruñó—. No te permitiré que vayas a hacerte matar de ese modo.

Inesperadamente, del garaje partió un estampido, y uno de los reflectores se apagó, en medio del estrépito de cristales rotos.

Los policías uniformados se pusieron en movimiento, avanzando cautelosamente. Eran sombras movedizas, que se mantenían fuera de los torrentes de luz de los reflectores.

Una ametralladora envió un alud de plomo contra la desvencijada puerta del garaje. Vi saltar los pedazos en todas direcciones.

Otro guardia hizo polvo la única ventana de la fachada. Él plomo la pulverizó materialmente, y entró rugiendo en la estancia que había más allá.

Tony Pirro aguardaba. Sabíamos que era un hombre sin nervios, sanguinario como un tigre y con los mismos sentimientos que ese animal. Sus víctimas habrían podido decirlo, si hubiesen vivido. Había cometido los más sádicos crímenes que una mente retorcida pueda imaginar, inculcando a sus hombres el mismo desprecio por las vidas ajenas...

De repente empezó a disparar, y esta vez lo hizo con una ametralladora, seguramente una «Thompson», a juzgar por el estruendo y la rapidez de fuego.

Las balas aullaron en todas direcciones, rebotaron contra los muros de los edificios y acabaron perdiéndose.

Aunque no todas.

Un guardia emitió un quejido y rodó por el sucio asfalto.

Otros dos se precipitaron hacia él para auxiliarlo.

La «Thompson» bramó de nuevo. Uno de ellos dio un salto en el aire y cayó.

El otro tuvo el tiempo justo de zambullirse en el aire, y esquivar la tormenta de plomo.

Masón rugió:

—¡Fuego, fuego todo el mundo!

La calle pareció estallar entonces en medio de un terremoto. Decenas de armas automáticas enviaron materialmente un mar de fuego y plomo hacia el ruinoso garaje, y los proyectiles penetraron por la puerta y la ventana como una masa sólida.

Le sacudí un brutal empujón a mi compañero, le arrebaté el

megáfono y eché a correr calle abajo.

Detrás de mí, Masón se quedó aullando.

Me detuve a menos de diez metros del garaje, pegado al quicio de un portal. Levanté el megáfono y grité:

—¡Pirro! ¿Me oyes, mala bestia? ¡Soy George Mac Lean, y voy a entrar!

Las armas habían callado. Ahora yo estaba entre el garaje y los policías.

Del interior del ruinoso edificio brotó la voz de Tony Pirro, perfectamente audible en el trágico silencio que se había hecho de repente.

—¡Ven a buscarme, Mac! —cacareó—. ¡Tengo algo especial para ti..., tan especial como lo tuve para tu mujer!

La ira me volvió loco.

El añadió:

—¿Sabes lo que hice con ella antes de cortarle la cabeza, lo sabes, Mac Lean?

Arrojé el megáfono a un lado. Todo el infierno ardía, ahora, dentro de mí.

Un guardia saltó repentinamente, escupiendo fuego contra el garaje, mientras se desplazaba.

Pirro lo cazó en mitad de su carrera. El desgraciado vino dando tumbos casi hasta mis pies, y se quedó hecho un ovillo, muerto.

Salté hacia él y atrapé el fusil ametrallador. Enfundé la pistola y amartillé el automático.

Alguien gritaba en alguna parte. Escuché la risa demencial de Pirro dentro de su refugio, y todo se volvió confuso a mi alrededor.

De un salto, me planté en el centro de la calle.

Era como si junto a mi avanzaran todas las víctimas de aquel demonio.

Mi propia mujer, decapitada.

Las dos muchachas que encontramos colgadas en el parque, desnudas y con la piel hecha tiras.

Los hombres y mujeres sacrificados por su sed de poder y de maldad.

Todos estaban ahora a mi lado, codo con codo, avanzando paso a paso, en medio de una bruma roja como la sangre.

La voz de Fred Masón rugió en alguna parte:

—¡Cúbranlo, se ha vuelto loco...! ¡Fuego, fuego, condenación!

Tenían que disparar alto para no acribillarme a mí, de modo que sus balas no tuvieron ningún efecto práctico.

Del garaje brotó una larga llamarada y las balas levantaron el asfalto a mi alrededor, aullando, rugiendo lo mismo que rugía la tormenta en mi cerebro.

No me detuve. Era incapaz de pensar, de razonar. Sólo sabía que Pirro estaba allí dentro, y que debía matarlo.

Llegué a dos pasos de la puerta. Un disparo solitario, procedente de la ventana, retumbó en medio del espantoso maremágunum de las armas y algo que ardía me golpeó en el costado. Trastabillé, pero alcancé la puerta que apenas si se sostenía colgando de sus goznes. La estrellé de una patada, y entré en la negrura.

Sobre mi cabeza resonaron unos pasos. Levanté el ametrallador enfocando la escalera de madera que apenas podía ver en las tinieblas.

—¡Tony! —chillé—. ¡Sal de ahí, rata!

Y salió.

Fue la cosa más absurda, estúpida e increíble que pude haber imaginado en todos los días de mi vida.

Se abrió una puerta y una pistola soltó un proyectil. Después, él apareció, como si titubeara.

Era Tony Pirro.

Tardé mucho tiempo en comprender lo que había sucedido en aquellas décimas de segundo críticas, eternas.

Tiré del disparador, eso lo recuerdo. El ametrallador se encabritó en mis manos, eso también está claro en mi mente.

Vi saltar a Pirro y estrellarse contra la pared que tenía detrás. Luego, rodó escaleras abajo y al pie de ellas se detuvo de cara al techo.

Volví a tirar del disparador, y le enterré el resto de la carga en su maldito cuerpo.

Se estremeció violentamente bajo el azote del plomo. Cuando el arma quedó vacía, él se quedó inmóvil, casi partido por la mitad, despatarrado al pie de los escalones de madera.

Avancé hasta él y lo miré.

Su cara barbilampiña parecía animada por algún sentimiento remoto e inaccesible para mí. Sentí revolvérseme el estómago ante

aquella expresión de paz, porque yo había querido que sufriera, que viera el infierno ante sus ojos, que se retorciera en él hasta el fin de los tiempos.

Y ahí estaba.

Una piltrafa sangrante con cara de buen chico.

Fred Masón irrumpió en el garaje, dando gritos, y en unos segundos todo el recinto se vio inundado de policías y reflectores, de voces, órdenes y gritos...

—¡Maldito idiota, pudo haberte matado! —rugió Masón, sacudiéndome.

—Te dije que era mío...

—¡Cierra la boca! Los reporteros van a llegar de un instante a otro y, si te oyen, vas a verte en un apuro.

—¡Al infierno con ellos! ¿Te das cuenta? Parece que descansen... ¡No sufre, el maldito perro!

—¡George!

—Le disparé a la barriga... Quería que tardara en morir...

—Y le sacaste las entrañas por la espalda con todo ese plomo. ¿Pensabas que viviría, después de todo?

No, no había vivido. En cierto modo, me sentí burlado, estafado.

Todo había terminado demasiado pronto, con excesiva rapidez. Si hubiese conservado la calma...

Pero ahí estaba.

Acabado.

Eso creímos entonces.

En realidad, la pesadilla apenas si empezaba.

CAPÍTULO II

Encontraron la «Thompson» vacía en el cuartucho que estaba encima del garaje. También se encontró la pistola descargada, ésta en el pequeño rellano superior de las escaleras.

Había igualmente un grueso fajo de billetes en uno de los bolsillos del cadáver de Pirro. Dinero suficiente para una escapada que debiera haberle puesto a salvo de nuestro acoso implacable.

Lo que no se halló fue el menor rastro de los compinches de aquel engendro del mal.

Sabíamos que todos se habían escondido como ratas cuando las cosas se les pusieron demasiado calientes, pero siempre habíamos imaginado que en los momentos definitivos estarían con su jefe, dispuestos a pelear con él hasta la destrucción o la muerte.

Pero había muerto solo.

Como un perro.

Apuré el cigarrillo y contemplé los relámpagos de los fotógrafos que sacaban placas del cadáver. Los reporteros andaban locos, haciendo preguntas, inventando detalles y buscando teléfonos desde los que comunicar con sus redacciones.

Masón se reunió conmigo, después que se hubieron llevado el cuerpo del asesino.

—Van a complicarte la vida, George —gruñó—. No debiste meterle todo ese plomo en el cuerpo. No hay nada que justifique ese ensañamiento con un hombre al que habíamos venido a detener.

—¿De veras no hay nada, Phil?

Mi voz chirrió como el ruido de una sierra.

El carraspeó:

—Está bien, tú y yo sabemos que sí había algo... El bárbaro asesinato de Constance, tu esposa. Pero un policía... ¡Oh, condenación, al diablo con todo esto!

Me ofreció un cigarrillo y encendimos los dos. Poco a poco, toda

la infernal excitación fue calmándose, y nos quedamos solos, a excepción de los guardias encargados de mantener alejados a los curiosos de la calle.

Tras unos minutos de silencio, mi compañero comentó:

—Espero que ahora consigas dormir en paz, George.

—Lo dudo.

—Ya no tienes el motivo que te mantenía en continua tensión. Has acabado con el causante de tu desgracia. Pirro está bien muerto, y tú eres quien le ha dado el pasaporte. Ya no más pesadillas. La venganza se ha cumplido.

—Hablas como un predicador, pero matando a esa bestia no he obtenido la satisfacción que esperaba. Todo sigue más o menos igual... Odio a medio mundo y detesto al otro medio. Como hasta ahora, Fred. Tal vez sea porque la muerte de Pirro no me ha devuelto a mi mujer, ¿puedes entenderlo?

—No mucho. Tú sabías eso, antes de acorralar a ese matarife.

—Claro que lo sabía...

—Entonces, George, trata de olvidar. ¡Maldita sea! —exclamó, de repente—. ¡Tienes que olvidar o acabarás más loco que Pirro!

Arrojé el cigarrillo y dije:

—Tal vez tengas razón. Me voy a casa. Océpate de los trámites, si no te importa. Yo me siento incapaz de redactar una sola línea con suficiente coherencia.

—Lo haré, descuida.

Me largué de allí, pero mi solitaria vivienda se me antojó tan inhóspita como el mismísimo garaje donde había terminado con Tony Pirro.

Llené un vaso con suficiente *whisky* para que pudiera navegar en él un acorazado, apagué las luces y fui a tenderme en el diván, con la mirada perdida más allá del oscuro ventanal.

Como en una película que retrocede, me pareció contemplar las imágenes del pasado. Imágenes en el centro de las cuales estaba siempre Constance, mi sueño roto.

Vacíé el vaso y fumé casi un paquete de cigarrillos. Finalmente me quedé dormido, aunque incluso así continué sobresaltándome con incesantes pesadillas.

Sólo que entonces aún no tenía idea de lo que eran las verdaderas pesadillas...

Desperté, sobresaltado, con la claridad del sol penetrando por la ventana.

El teléfono continuaba sonando. Su timbre había roto mi pesado sueño.

Lo descolgué de un manotazo.

Una voz de mujer dijo, antes que yo pudiera pronunciar una palabra:

—¿Teniente Mac Lean?

—Sí. ¿Quién habla?

—Vicky.

—¿Quién?

—¿No me recuerda, teniente? Vicky

O'Donell.

Me incorporé, súbitamente despierto.

—Por supuesto que la recuerdo. ¿Qué ocurre?

—Acabo de leer los periódicos de la mañana..., ediciones extraordinarias, ya sabe...

—Comprendo. Ahora ya no tiene nada que temer.

—Gracias a usted, teniente. Quise llamarle para eso..., para decirle que le debo la tranquilidad y la paz. Es como si ahora pudiera volver a respirar libremente.

—Está bien, chiquilla. Vuelva a vivir y olvide.

—No soy ninguna chiquilla —protestó, indignada—, y en cuanto a olvidar, eso resultará fácil, ahora que ha desaparecido la amenaza. Gracias otra vez, teniente.

—Adiós.

Colgué y, desnudándome, entré en la ducha.

Media hora más tarde, estaba en camino de la oficina.

No quise comprar ningún periódico, a pesar de que los voceadores de las esquinas anunciaban, a gritos, la muerte de Tony Pirro.

La sala de detectives mostraba una inusitada actividad, a esa hora de la mañana. Las máquinas tecleaban en una sinfonía sincopada, las voces apagadas de los muchachos resonaban como el zumbido de una colmena...

Todo volvía a ser como fuera siempre.

Excepto yo, quizá.

Fred Masón apareció repentinamente. Estaba pálido y macilento,

y oscuros círculos enmarcaban sus ojos cansados.

A pesar de su agotamiento, sonrió.

—El capitán quiere hablar contigo —me espetó—. Tiene un día pésimo, y el comisionado acabó de estropeárselo al llamarle. Está asustado por lo que cuentan los periódicos.

—¿Quién está asustado?

—El comisionado, naturalmente.

—Ya veo.

El capitán Priestley era un hombre sereno, ecuánime, que había luchado duramente hasta alcanzar el puesto, por otra parte ganado a pulso. Había sido para él una batalla larga y dura, en la que había dejado pedazos de su propia vida.

Esa dura lucha había marcado su rostro con profunda huella.

—Siéntese, Mac Lean —gruñó, cuando cerré la puerta detrás de mí.

—¿Quería hablarme?

—Por supuesto, teniente. ¿Ha leído los periódicos?

—No, señor.

—Son edificantes.

—Puedo imaginarlo.

—Ahora que Pirro ha muerto, claman por los derechos de todo ciudadano a un juicio justo. No les gusta que usted le convirtiera en una criba.

—Tal vez lamentan que no haya habido un juicio largo y sensacional. Eso les arrebató una serie de jugosos reportajes y un aumento de sus tiradas.

—Quizá. Pero el caso es que le dejan a usted mal parado.

—No me preocupa en absoluto.

—Particularmente, a mí tampoco. Pero sí hay otros a quienes inquieta esa campaña. Temen que pueda prolongarse.

—Imagino de quiénes se trata.

Esbozó un gesto de impaciencia.

—Tal vez fuera acertado que se tomara usted un descanso, Mac Lean. Puedo arreglarlo pretextando un desequilibrio nervioso, causado por todos estos acontecimientos. Será fácil.

—Me encuentro bien, señor.

—Lo sé, pero todo lo que deseo es apartarlo un tiempo de aquí, para que los reporteros no puedan encontrarle. Olvidarán pronto, si

no surge nada nuevo que alborote el caso.

—Si es una orden, capitán...

—Interprételo así.

—De acuerdo.

Sonrió, aliviado.

—Después de todo, necesita un tiempo de reposo, aunque sólo sea como convalecencia de su herida.

—No fue más que un rasguño, señor. La bala ni siquiera...

—He leído el informe médico. Yo lo sé, y el teniente Masón también, pero el resto del mundo seguirá creyendo que se trata de una herida grave. Así que ya lo sabe, tómese un descanso. Le mandaré aviso, cuando todo esto se haya calmado.

Le di las gracias y me fui a mi propia oficina para recoger un par de cosas.

Masón estaba allí, fumando y dando cabezadas sentado en una silla.

Parpadeó al enderezarse.

—¿Sigues con la cabeza sobre los hombros? —indagó soñoliento.

—Seguro. El capitán es un gran tipo.

—¿Has aceptado su sugerencia?

—Efectivamente. Un descanso prolongado, ni más ni menos.

—Eres un tipo con suerte. En cambio, a nosotros nos queda la labor rutinaria y aburrida de dar caza a los secuaces de Pirro, que el diablo confunda.

—No creo que haya muchas dificultades en cazarlos, ahora que su jefe está muerto. Ninguno de ellos tenía sesos suficientes para saber desenvolverse solo. Se movían y actuaban azuzados por el poder demoníaco de Pirro.

—Veremos —rezongó, aplastando el cigarrillo en mi cenicero.

Les deseé suerte y me fui.

Pensándolo bien, no me disgustaban unas cortas vacaciones.

No las disfruté.

Apenas si tuve veinticuatro horas de paz.

CAPÍTULO III

El día siguiente amaneció neblinoso y oscuro. Un día que casaba bien con mi estado de ánimo.

Me pregunté qué demonios iba a hacer durante aquellos días de forzada inactividad. Encendí el primer cigarrillo, contemplando el lúgubre día a través de la ventana.

Así fue como descubrí que la puerta del garaje estaba abierta.

Recordaba perfectamente que la había cerrado al llegar, el día anterior.

Perplejo, atravesé el pequeño jardín que fuera el reino de Constance, y entré en el garaje.

Todo parecía estar en su lugar. Las herramientas en el pequeño banco de trabajo, unas ruedas viejas apiladas en un rincón. Y, por supuesto, el coche.

La suspicacia se despertó en mí, y me acerqué al «Ford» cautelosamente, como si pudiera revolverse contra mí y estallarme en las narices.

No lo toqué, de momento; sólo lo examiné pulgada a pulgada desde fuera y a través de las ventanillas.

Luego, descubrí el motor, y eché un vistazo a sus entrañas.

Y allí estaba.

Sentí el frío de la muerte culebrear por todos mis nervios a la vista del compacto paquete, conectado al motor de arranque por dos finísimos cables.

Estuve mirándolo un tiempo interminable, como hechizado por la visión de la dinamita, presta a estallar en cuanto alguien pusiera en marcha el motor.

Quien debiera haberlo puesto en marcha era yo, sin ninguna duda.

Salí del garaje y cerré las puertas. Fui al teléfono, y llamé a Masón.

—¿Fred? —dije con voz ronca—. Necesito ayuda.

—¿Para qué, holgazán?

—Mándame a los expertos en explosivos, viejo. Hay una bomba en mi coche.

—¿Que hay una qué? —bramó, a través del auricular.

—Dinamita. Suficiente para volar medio distrito. No me atrevo a desconectarla yo, por si es un truco... Ya sabes, puede estar conectada con otra, que estalla en cuanto se manipula la primera.

—¡Condenación! ¿Quién puede haber...?

—Discutiremos eso más tarde. Ahora envía a alguien que entienda de petardos.

—Muy bien, muchacho. No toques nada.

Colgué, y me quedé esperando, tenso y nervioso.

El propio Masón llegó, en compañía de dos técnicos en explosivos.

Les llevé al garaje para que vieran el paquete.

Uno de los expertos gruñó:

—Es una chapuza, teniente.

—¿Chapuza?

—Lo más burdo que he visto en mi vida. La bomba está tan a la vista que hasta un niño habría podido descubrirla... y es rudimentaria, con esos cables por ahí encima...

—Si yo hubiera puesto en marcha el motor, le aseguro que no habría habido diferencia entre esa chapuza y una bomba atómica. Estaría convertido en fosfatina, ¿no?

—Bueno, sí...

Fred gruñó:

—¿Cómo se te ocurrió examinar el coche?

—Porque las puertas del garaje estaban abiertas, y yo recordaba perfectamente haberlas cerrado anoche.

—¿No te parece algo muy raro todo esto?

—¿Qué?

—Todo el asunto... Te colocan un petardo en el coche, pero lo hacen de modo chapucero, torpe, dejándolo tan a la vista que cualquiera puede descubrirlo con sólo levantar el capó. Y luego, para acabar de estropear el cuadro, dejan las puertas abiertas...

—Ya veo.

—Cualquiera creería que estaban ansiosos por que tú

descubrieses la bomba antes de estallar.

—Pero eso sería una cosa idiota. Si colocan una bomba es para que explote, ¿no te parece?

—Será mejor que salgan de aquí —aconsejó uno de los técnicos—. A veces, estas cosas fallan, ¿saben?

Nos alejamos, dejándolos ocupados en su peligrosa tarea.

Llevé a Fred al interior de la casa, y llené dos vasos. Bebimos, y luego él masculló:

—¿Has pensado quién puede ser el autor de esa broma?

—No se me ocurre nadie. A menos que los secuaces de Pirro hayan decidido vengarlo.

—Esos tipos están demasiado ocupados manteniéndose ocultos como ratones asustados.

—Entonces, no tengo ni la menor idea de quién desea verme hecho pedazos.

Discutimos sobre el particular un buen rato, sin llegar a ninguna conclusión.

Después, los expertos acabaron con su tarea, y se reunieron con nosotros.

—Decididamente —comentó uno de ellos—, esa bomba es casi un juguete, por lo menos en lo que atañe al mecanismo y su instalación, aunque hay una enorme cantidad de dinamita.

—¿Les parece que no ha sido preparada por un experto?

—Decididamente, no.

—Bien, gracias por su colaboración.

Fred indagó:

—¿Han examinado todo el coche, por si hubiera otro juguete oculto?

—No hay nada en absoluto.

Se fueron, satisfechos por el trabajo realizado.

Masón se despidió, prometiéndome hablar del asunto con el capitán, y yo quedé solo, perplejo e intrigado por aquel absurdo misterio.

Pasé el resto del día tratando de leer, bebiendo y fumando incesantemente de modo que al anochecer sentía la garganta tan seca como las arenas del desierto, a causa del tabaco.

Encendí la luz, y traté de decidirme a salir a cenar en cualquier parte.

Entonces, sonó un bronco estampido, y el cristal de la ventana saltó en pedazos, mientras un grueso proyectil entraba zumbando, y convertía en diminutos fragmentos la lámpara encendida.

Rodé por el suelo en completa oscuridad, pero ya no hubo más agitación, excepto la brutal acelerada de un motor, el chillido de unas llantas y luego el silencio.

Salí trotando, y llegué a tiempo de ver perderse en la esquina las luces rojas de un coche.

Bueno, no había ni que pensar en perseguirlo porque, en cuanto yo hubiera sacado el auto del garaje, habría millas de distancia entre el fugitivo y yo.

Así que entré de nuevo y descolgué el teléfono.

Fred Masón había salido de la jefatura. Era su noche libre.

Le llamé a su casa, y oí su voz cansada, que preguntó:

—¿Qué ocurre ahora?

—¿Fred? Habla George.

—Hola. ¿Encontraste otro petardo?

—Esta vez fue un disparo de rifle.

—¿De qué hablas, muchacho?

Se lo expliqué brevemente. Cuando callé, hubo un corto silencio y después mi compañero gruñó:

—Decididamente, la han tomado contigo. ¿Puedes conseguir esa bala?

—Está enterrada en la pared.

—Traeré a los chicos del laboratorio.

—Eso va resultando monótono, ¿no crees?

—Estar vivo nunca es monótono —dijo, y colgó.

Extrajeron la bala. Era un proyectil blindado, capaz de tumbar un elefante.

—Un

30-30

—opinó el perito en balística—. Seguramente, un «Remington» de caza mayor.

—Y tan mayor —dije—. Yo era la pieza elegida.

—No estés tan seguro —refunfuñó Fred.

—¿Cómo que no? Fue a mí a quien le dispararon.

Sacudió la cabeza.

—Le dispararon a la lámpara, George.

Lo pensé un poco, y acabé dándole la razón.

El apostilló:

—Sabemos que hicieron el disparo desde un coche parado, que utilizaron un rifle de precisión, y a una distancia de menos de cien metros, tal vez sólo sesenta. ¿Dónde estabas tú cuando entró la bala?

—Aquí...

—Ajá. A tres pasos de la lámpara. Ningún tirador es tan malo como para fallar por tanta distancia. Le dispararon a la lámpara, esta vez. Si te hubiesen querido matar, a estas horas tu cabeza olería a pólvora.

—De cualquier modo, es un juego absurdo y sin sentido.

—Absurdo, bueno. Pero ha de tener algún sentido para alguien.

Sonó el teléfono, y lo descolgué de un manotazo.

—¡Hable! —exclamé.

—¿Mac Lean?

—Sí.

—¿Qué te han parecido mis dos avisos?

Me puse rígido.

—¿Quién habla?

—¿Importa un nombre más o menos? Sólo quiero que sepas que te tengo marcado. Te mataré cuando decida que ha llegado tu hora, pero hasta entonces vivirás de prestado, sabiendo que estás prácticamente muerto. No va a ser nada divertido, ¿eh?

—No mucho, pero ha cometido un error de bulto al advertirme.

—Tonterías. Ya has visto que puedo llegar hasta ti siempre que me lo proponga. ¿Qué se siente, sabiendo que en cualquier instante van a liquidarle a uno, Mac?

Sonó un chasquido, y la comunicación se cortó.

Fred dijo:

—¿Y bien?

—Tenías razón. Tanto la bomba como el disparo fueron sólo simple avisos. El tipo dice que me matará cuando decida que ya he vivido bastante.

—¿Fue eso lo que te dijo?

—Ni más ni menos.

Arrugó el ceño, mirándome preocupado.

—Algunos de los esbirros de Tony Pirro, seguro —gruñó, al fin.

—Empiezo a creer que tienes razón.

—Bueno, les daremos caza. Van a estar tan ocupados en esconderse, que no tendrán tiempo de volver a jugar a los atentados. Voy a organizar la operación, y hablar con el capitán. Necesitamos que destine a todos los hombres disponibles a esta tarea.

—Deja en paz al viejo. Tú y yo podemos hacerlo mucho mejor solos. ¿No te parece?

Le dio vueltas a la cosa casi un minuto. Al fin sonrió.

—De acuerdo —dijo—. ¿Por dónde empezamos?

—Pinky Calvert —propuse.

Asintió, y de este modo iniciamos el contraataque...

CAPÍTULO IV

Pinky Calvert era el propietario de un miserable tugurio, al que él llamaba pomposamente club.

En realidad, era un pudridero que apestaba, y en el que se daban cita todos los desechos de los muelles, las resacas de todas las cloacas de una vida sin sentido, miserable y amoral, cuyo único objetivo era conseguir un dólar para gastárselo en alcohol.

Cuando entramos, había poca animación, pero el tugurio ya apestaba a infierno. Pinky estaba sentado en lo alto de un taburete, al final de la barra, en un lugar desde el que pudiera vigilar la caja y la clientela todo a un tiempo.

Nos descubrió apenas atravesamos la pesada cortina de la entrada, y torció el gesto.

Para Pinky y su distinguida clientela, la visión de la policía era algo tan repulsivo como el vómito de un borracho.

—Mal negocio esta noche, Pinky —gruñó Fred, acodándose a su lado.

—Podría ser peor... ¿Qué diablos se les ha perdido aquí, teniente?

—Estuvimos discutiendo mi compañero y yo... A propósito, ya conoces al teniente Mac Lean, ¿no es cierto, Pinky?

El tahúr me miró de través. En su mirada había una buena reserva de odio.

—No creo que haya nadie en toda la ciudad que no le conozca, a estas horas —cacareó—. ¡El héroe que ametralló a Tony Pirro...!

—Precisamente. Como te iba diciendo, Mac Lean y yo estuvimos discutiendo esta noche, y no llegamos a ningún acuerdo.

—¿Qué clase de adivinanza es ésta? —rezongó Calvert.

—Él quería aplastarte la cara, Pinky, pero yo opiné que era preferible cerrarte esta pocilga. Claro que ninguna de las dos cosas es buena para ti.

Casi saltó del taburete.

—¡No tienen nada contra mí! —cacareó—. No pueden hacerme nada en absoluto.

—Eso es lo que tú dices. Pero vas a ganártela de cualquier modo. Yo intervine y le ordené:

—Vamos a tu despacho, Pinky. No quiero testigos, cuando te haga pedazos.

—Pero ¿por qué, condenación? Ya acabaron con Pirro, ¿no es cierto? Tienen lo que andaban buscando...

—No, bastardo. Pero vayamos a ese despacho que tienes ahí atrás.

—¡No me muevo de aquí! —tronó.

Habíamos atraído la atención de los astrosos parroquianos que bebían en la barra.

Volteé la mano y descargué un revés en la cara del rufián.

Resonó como un disparo, y Pinky voló fuera del taburete, aterrizó sobre una mesa y la hizo astillas, con todo lo cual se armó un buen estrépito.

Me acerqué a él, le agarré por los cabellos y, levantándole en vilo, dije con voz chirriante:

—¡Escúchame bien, pedazo de basura! Acabamos con Pirro, a pesar de que tú te negaste a ayudarnos para descubrirle antes. Gracias a ti, gozó de dos semanas más de libertad, y en ese tiempo mató a otra mujer. Ahora sus esbirros la han tomado conmigo, de modo que lo que estoy haciendo es por mí exclusivamente, para salvar mi cabeza. Imagina si me gustará aplastarte.

—¡Suélteme!

Le solté. El no esperaba que le complaciera tan rápidamente, de modo que dio un traspiés y volvió a caer sentado en el suelo.

Fred se aproximó con calma.

—¿Vamos a ese despacho, Pinky? —le recordó.

—Está bien...

Nos precedió, en medio de las hostiles miradas de cuántos estaban en el local.

El despacho era, en realidad, un cuartucho destartado, donde se amontonaban cajas de bebidas, mesas en peor estado que las de afuera, unas sillas y un desvencijado escritorio en un rincón.

—Ahora —dije cuando hube cerrado la puerta—, escúchame

bien, Pinky. No te pierdas una sílaba, porque te juegas la cabeza. ¿Entiendes?

Asintió con un gruñido.

—Alguien ha intentado matarme dos veces, en veinticuatro horas. Alguien que pertenece a la camarilla de Pirro. Queremos encontrarlos, y tú vas a colaborar esta vez. ¿Vas comprendiendo?

—No sé dónde están. Ni quiero saberlo.

Le crucé la cara nuevamente, una y otra vez, hasta que se desplomó al pie de una estiba de cajas.

Gimoteó con voz ahogada.

Fred dijo:

—Es mejor que te portes bien, Pinky. Mac Lean no bromea esta noche.

—¡Pero si no sé nada de ellos! —estalló—. Al Klein desapareció hace más de dos o tres meses. En cuanto a los otros dos, se esfumaron tan pronto Pirro se vio en dificultades y acorralado...

—Si eso es cierto, va a ser muy malo para ti.

Nos miró con ojos asustados. Ahora se daba cuenta de que estábamos dispuestos a llegar a donde fuera preciso, incluso empleando métodos que normalmente ningún policía hubiera utilizado.

—¿Cómo quieren que se lo diga? El último de ellos que vi fue Burckhart. Estuvo aquí menos de un minuto, preguntó si había visto a Ugo Waller y se fue. Eso es todo.

—¿Cuándo sucedió eso?

—No sé... Tres o cuatro días antes de que Pirro muriera.

—¿Te dejó algún recado para Ugo Waller?

—No, ninguno.

Le miré de mala manera, ardiendo de ira contra semejante fullero.

—Pinky —dije, hablando muy despacio—, han intentado asesinarme dos veces, de modo que no me andaré con medias tintas ni guante blanco para acabar con esta amenaza. Por otra parte, no puedo quitarme de la cabeza la idea de que, gracias a ti, Pirro tuvo tiempo de matar a otra pobre mujer. Eso es algo que, de un modo u otro, tienes que pagar.

Estaba temblando. De cualquier modo, Pinky no iba a ser muy feliz durante mucho tiempo.

—¡Les juro que no sé una maldita palabra de esos tipos! — repitió.

Fred gruñó:

—Pero puedes saber de ellos, si te lo propones seriamente.

—¿Qué, quién, yo? —susurró, jadeante.

—Conoces a toda la morralla del distrito. Alguno de esos bastardos puede estar enterado del paradero de los tipos que andamos buscando. Jamás se lo confiarían a un policía, pero sí lo dirán a otra sucia rata como ellos...

—A ti —puntualicé.

Sus ojos saltaron de uno a otro de nosotros, asustado.

—Si me convirtiese en soplón, me rebanarían el cuello. Ustedes saben bien cómo son estas cosas...

—Es tu cuello, en cualquier caso. Tienes de tiempo hasta mañana noche, Pinky —le advertí—. Y recuerda que éste es un asunto personal mío. Si me fallas, pierdes la cabeza o pierdes el local. Vámonos de este estercolero, Fred.

Salimos, dejándole boquiabierto y aterrorizado.

Los parroquianos habían disminuido de manera alarmante, durante el tiempo que estuvimos encerrados en el despacho. Confié en que la mayoría se hubieran marchado sin pagar.

Nos detuvimos en la acera para encender un cigarrillo. Fred masculló:

—Ese tipo me pone frenético... ¿Crees que conseguiremos algo a través de él?

—Depende de hasta qué punto consigamos meterle el miedo en el cuerpo.

Echamos a andar hacia donde estaba el coche. Una vez en él, dije:

—Me parece que perderemos mucho tiempo para conseguir unos resultados muy inciertos, Fred..., pero no tenemos otra alternativa, a menos que a ti se te ocurra algo mejor.

—¿Qué es lo que se te ocurre a ti?

—Interrogar, uno tras otro, a todos los que, de algún modo, tuvieron relación directa con Pirro y sus secuaces.

—Eso nos llevará todo el día...

—Y parte de la noche, posiblemente. ¿Tienes otra idea mejor?

Sacudió la cabeza, desalentado.

—Ninguna —confesó.

Así fue como iniciamos un recorrido monótono, por unos ambientes sórdidos, sucios; unos lugares en los cuales hasta las ratas de las alcantarillas hubieran titubeado antes de entrar en ellos...

CAPÍTULO V

Había cerrado la noche cuando entramos en un bar de la calle Fletcher para dar un descanso a nuestros molidos huesos.

Fred suspiró, al apartar el vaso de los labios.

—Vaya un día duro para ser el que tenía franco de servicio — refunfuñó, de mal talante.

—No te quejes. Algo hemos conseguido.

—¿De veras?

—Una gran cantidad de nada.

Asintió con un gesto.

—Todos esos pillos y granujas que hemos interrogado y asustado un poco, no podrán hacer otra cosa que moverse o desaparecer. Eso ya es algo.

—Sería algo si se movieran en la dirección que nos conviene a nosotros. Pero lo más seguro es que, si alguno de ellos conoce el paradero de Waller y los otros, se apresure a ponerles sobre aviso, advirtiéndoles de que les estamos rastreando por toda la ciudad.

Apuramos las bebidas en silencio, cada uno sumido en sus propias meditaciones.

Inesperadamente, Fred exclamó:

—¡Hemos sido unos idiotas, George!

—Admitido. Dos experimentados polizontes como nosotros, no han obtenido nada en todo un día de patear las calles.

—No me refería a eso.

—Entonces, ¿a qué clase de idiotez estabas refiriéndote?

—La chica.

—¿Qué? Fred, no utilices acertijos para hablar. Estoy demasiado cansado esta noche.

—¿No recuerdas a la pelirroja?

Necesité hacer algunas piruetas mentales antes de comprender a mi compañero.

—¡La amante de Waller! —exclamé, al fin.

—Ni más ni menos. Ugo Waller tenía a esa pelirroja bien instalada. Una chica lista, si las hay. Tengo entendido que ella quiso que Ugo se pusiera a salvo mucho antes de que la organización de Pirro hiciera aguas.

—Es cierto. Veremos qué tiene que decimos de su apasionado galán, si es que sabe algo de él.

Abandonamos el bar, con renovadas esperanzas.

Durante el trayecto, recordé que ella se llamaba Milly Morgan, que había trabajado en un espectáculo de *strip-tease* hasta que la policía lo clausuró, y que, desde aquella fecha, vivía con Waller en un apartamento de Canal Road.

El edificio donde estaba el apartamento había conocido, indudablemente, tiempos mejores. Su fachada estaba salpicada de desconchados, era imposible adivinar de qué color había sido originariamente, y la multitud de ventanas aparecían rodeadas de un halo de suciedad.

Llamamos a la puerta, con pocas esperanzas. Si Ugo Waller había emprendido la huida, lógicamente la fulana se habría marchado con él.

Efectivamente, nadie acudió a nuestra llamada.

Fred insistió hasta quedar convencido de que no había nadie en el apartamento.

—¿Y ahora qué? —dije.

—Me gustaría dar un vistazo ahí dentro. Si huyó con Waller, tal vez dejó un rastro que nosotros podamos seguir.

—Eso es fácil.

Me fui en busca del administrador del edificio y, tras un corto escarceo, conseguí que subiera con una llave maestra.

Y él nos dio la sorpresa.

—Hace dos días que no veo a la señorita Morgan —dijo, mientras manipulaba en la cerradura—. Tiene pagado el alquiler por todo este trimestre, de modo que no me preocupa.

Masón y yo cambiamos una mirada perpleja.

—¿Quiere decir que ella ha seguido viviendo aquí hasta hace dos días? —inquirí.

—Por supuesto. ¿Creían otra cosa?

Abrió la puerta, y nos cedió el paso a un interior oscuro como la

tinta.

Antes de entrar, Fred preguntó:

—¿Recibió alguna visita, antes de marcharse?

—No lo sé. En todo caso, nadie preguntó por ella. Y yo no dije que ella se hubiera marchado. Sólo que hace un par de días que no la veo.

—Hubo un individuo viviendo con ella una temporada —dije—. Se llamaba Ugo Waller. ¿Lo ha visto por aquí últimamente?

El hombrecillo me contempló como si yo fuera un marciano.

—Señor, ignoro por completo que esa señorita estuviera viviendo con un hombre. Éste es un edificio respetable, ¿sabe usted?

—Seguro, seguro. Digamos entonces que recibía la visita de ese hombre con regularidad y mucha frecuencia. ¿Queda mejor así?

Se encogió de hombros.

—En todo caso, de eso hace ya tiempo, y yo no he vuelto a ver a ese tal Waller desde aquellas fechas.

Fred emitió un gruñido, y tanteó la pared, en busca de la llave de la luz.

La encendió y le seguí dentro. Detrás de mí, el hombrecillo se coló, con la curiosidad retratada en su semblante.

Vimos un absoluto desorden, suciedad acumulada durante mucho más tiempo que los dos días de ausencia de la inquilina...

Y sangre.

Seca, desde luego. Pero sangre, al fin y al cabo.

Masón rezongó:

—Parece que no se marchó, después de todo...

Las grandes manchas estaban en la raída alfombra, en una pared, y en una de las tres puertas que comunicaban con la estancia. Las de la puerta eran verdaderos chorreones, de un color pardusco.

Fred sacó su pañuelo y, protegiéndose los dedos con él, abrió aquella puerta.

Detrás de mí, la voz del administrador, ahora temblorosa, balbuceó:

—Eso es el cuarto de baño...

Era algo más.

En cuánto asomé la cabeza, vi que era un matadero. Contuve el

aliento, y el estómago se encabritó, subiéndome a la garganta. Escuché el jadeo de Fred, y un agudo quejido a mis espaldas. Luego, hubo un golpe, y el hombrecillo rodó por la alfombra, desmayado.

Masón refunfuñó:

—Parece como si hubieran esparcido a la muchacha por todo el cuarto... ¿Qué puerca salvajada hicieron con ella, George?

Retrocedí, temiendo acabar como el desvanecido administrador.

—Prefiero ignorarlo, por el momento —dije.

El entró en el cuarto de baño. Le oí soltar una sarta de maldiciones en tono bajo, y luego reapareció.

Estaba verde.

—Nunca había visto nada igual —gruñó, apoyándose en la pared y secándose el sudor que le resbalaba por la cara.

—Yo, sí. En el parque, cuando encontramos a aquellas dos desgraciadas que Pirro despedazó. Y después, aquella mujer, en su apartamento... Estaba poco más o menos igual que ésta...

—Tony Pirro no ha podido hacer eso, muchacho... Está muerto.

—Debió enseñar su técnica bestial a sus hombres. Lo que no comprendo es por qué lo hicieron... Era la chica de Waller.

—Eso no lo sabremos hasta que podamos echarles el guante. Voy a llamar al Departamento...

Mientras realizaba la llamada, me incliné sobre el hombrecillo y, levantándolo, lo deposité sobre una silla. Respiraba espasmódicamente. Incluso desvanecido parecía estar viendo el horrendo espectáculo.

Cuando colgó el auricular, Masón se volvió poco a poco. Su cara estaba lívida, y había un brillo salvaje en sus ojos.

—Te juro que si puedo ponerle la mano encima al bastardo que hizo esa porquería...

Su voz se ahogó.

—Sientes lo mismo que sentía yo cuando ansiaba matar a Pirro, eso es todo.

—¡Maldita sea! Pirro no existe. Éste es otro caso, otro asesino, otras circunstancias. Todo es distinto. Métete esto en la cabeza.

—Ha dejado un heredero, eso es todo. Cualquiera de los que fueron sus esbirros: Waller, Klein o Burckhart. O quizá los tres juntos.

—Comprendería eso si esa desgraciada les hubiera delatado...

Pero lo único que hizo fue tratar de que Waller se pusiera a salvo, apartándose de Pirro, cuando las cosas se le pusieron difíciles a éste.

Esperé hasta que mi estómago se aquietó. Eché un vistazo al administrador.

—¿Qué hacemos con éste, Fred?

—Con los muchachos, vendrá el forense. Por una vez, que se ocupe de un vivo, antes que de la carroña. Demos una mirada por aquí, entretanto.

Registramos superficialmente la estancia, sin hallar nada de interés. Luego, llegaron los técnicos, los fotógrafos y el médico forense, y el reducido espacio pareció encogerse todavía más, con toda la gente moviéndose de un lado a otro.

El doctor ayudó al hombrecillo a recobrarse, pero tuve la impresión de que éste no se lo agradecía en absoluto. Tan pronto recobró el conocimiento, las arcadas le asaltaron.

Masón gruñó:

—Entre en el baño, amigo... Se sentirá mejor después.

Corrió hacia la salida del apartamento, y desapareció. Le oímos vomitar en la escalera.

Señalé la puerta fatídica y dije:

—Ahí dentro, doctor. Es todo un espectáculo lo que le espera.

Entró. Estuvo en el baño muy poco tiempo y, cuando regresó, tampoco él parecía muy feliz, a pesar de estar habituado al espectáculo de la muerte.

Le contemplamos, interrogantes, mientras se pasaba un pañuelo por la frente.

—¿Saben ustedes? Los estudiantes de medicina hacen esas cosas con los cadáveres sin reclamar..., pero imaginar que se lo hicieron a una mujer, estando viva, me produce vértigo.

—Vamos, vamos, doctor. Debería estar habituado a ver sangre.

—¡Cuernos! La sangre es lo que menos importa.

Empezó a describirnos lo que los matarifes habían hecho con la pobre mujer, pero Masón le atajó bruscamente:

—Ahórrese detalles, doctor. No quiero vomitar yo también. Sólo díganos cuánto tiempo hace que esa chica murió. Eso será suficiente.

—No más de treinta horas. Quizá veinticuatro.

—Pues sí que es usted concreto...

—En el estado en que está el cuerpo, es difícil precisar más. Por lo menos, hasta que hayamos realizado la autopsia.

—No les queda mucho en qué hacerlo.

—Lo recompondremos. Como si fuera un rompecabezas, ¿saben? Se largó, satisfecho de su eficiencia. Masón soltó un bufido.

Los peritos estaban buscando huellas por cada pulgada de apartamento. En el baño estallaban los relámpagos de las cámaras que manejaban los fotógrafos del Departamento.

Nada podíamos hacer nosotros allí. Lo que iba a seguir era una agotadora labor de rutina, y eso podían llevarlo a cabo perfectamente el sargento de detectives y los muchachos que con él habían llegado.

De modo que nos largamos, sintiendo un sabor nauseabundo en la boca...

CAPÍTULO VI

Después de un cambio de impresiones, decidimos informar detalladamente al capitán Priestley. Se había hecho indispensable la ayuda de todo el Departamento de Homicidios.

Cuando llegamos, encontré un aviso en mi despacho. Descolgué el teléfono, y llamé a la centralita.

—Aquí Mac Lean. ¿Quién es esa persona que me llamó?

—No quiso dar su nombre en ninguna de las tres ocasiones en que telefoneó, teniente. Sólo en la última accedió a dar un recado para usted, aunque maldito si entiendo una palabra.

—Quizá sea más comprensible para mí. ¿Quiere leérmelo, por favor?

—Ahí va. Textualmente, el individuo dijo que pronto le dejaría a usted igual que a Milly. Eso fue todo y, si tiene algún sentido, yo no lo conozco.

Colgué, sin apenas despedirme. Un frío de muerte culebreó por mi espina dorsal, porque para mí sí tenía un clarísimo sentido.

Acababa de ver el cadáver de Milly, y sabía lo que el matarife había hecho con ella.

Masón me contemplaba, intrigado.

—¿Y bien? —Gruñó.

Le repetí el mensaje, y se quedó helado.

—Es increíble —comentó—. La han tomado contigo cuando, en realidad, fue todo el Departamento el que colaboró en el acorralamiento de esa bestia. Si no le hubieses matado tú, lo habríamos hecho cualquiera de los demás, porque Pirro no estaba dispuesto a rendirse ante nadie...

—Hay algo raro en esto —dije, preocupado—. Los secuaces de Pirro eran tres. Sin embargo, tanto el que me llamó a casa como este que ha dejado el recado aquí, hablan como si la cosa fuera algo personal entre él y yo, como si se tratara de un solo individuo.

—Creo que estás retorciendo demasiado el asunto.

—Fui yo quien llevó personalmente el caso Pirro, Fred. Me ocupé de buscar pruebas contra él, desde el principio. Hice que salieran a la luz los innumerables sobornos que le permitían moverse libremente, y corté sus lazos con el hampa organizada hasta que sus mismos socios le abandonaron... En cierto modo, fue una lucha entre Tony Pirro y yo la que sostuvimos durante meses...

—No le des más vueltas, George. Se trata de sus cómplices, de los esbirros que se mantuvieron fieles a él hasta el final.

—Me gustaría estar seguro de eso.

—¿Qué diablos quieres decir? No puede ser de otro modo. Sólo esos tres pillos y el propio Pirro tienen suficientes motivos para desear vengarse en ti de su derrota.

Lo dejé correr por el momento, porque era una discusión que no nos llevaba a nada práctico, y nos fuimos a hablar con el capitán.

El también estaba preocupado. Tanto por lo que estaba sucediendo a mi alrededor como por los artículos de los periódicos.

—Acabarán pidiendo su cabeza —me soltó, malhumorado—. Insisten en su postura, ya saben; Pirro tenía derecho a un juicio imparcial, por graves que fueran sus delitos. He tenido dificultades hoy para eludir el asedio de los reporteros.

No pude contenerme, y encajé las mandíbulas como un cepo.

—Mi mujer tenía derecho a seguir viviendo —dije, rechinando los dientes—. No sólo a un proceso, sino a vivir. Y todos los hombres y mujeres que esa bestia sin alma sacrificó, tenían igualmente derecho a vivir. Tal vez sea hora de que yo hable con algunos de esos emborriona cuartillas...

—Usted se mantendrá al margen del alboroto, Mac Lean —refunfuñó—. No quiero más dificultades, si puedo evitarlas. Ahora, hablemos de esa persecución de que es usted objeto.

Discutimos durante un buen rato, poniéndole al corriente del asunto en todos sus detalles.

Escuchó con el ceño fruncido, tan perplejo como nosotros. Al final, se echó atrás en el sillón y murmuró:

—No cabe duda de que se proponen asesinarle, Mac Lean. Voy a destinar a cuántos hombres sea posible para que trabajen en estrecha colaboración con ustedes dos.

Sonó el teléfono, y él lo descolgó con un gesto impaciente.

—¿Sí? Aquí el capitán Priestley... ¿Cómo? Sí, está aquí...

Me ofreció el auricular.

—Es para usted, Mac Lean.

Sentí un escalofrío al pensar que podía tratarse de mi implacable enemigo desconocido.

—Mac Lean al había —dije precipitadamente.

Pero fue una voz de mujer la que vibró en mi oído. Y vibró con agudos acentos de pánico:

—¡Necesito verle, teniente! Oiga, ¿es usted el teniente Mac Lean?

—Sí.

—¡Por favor, teniente!

—Cálmese. ¿Quién es usted?

—Vicky

O'Donell.

—Hola, pequeña. ¿Qué es lo que sucede?

—No me creería... Quiero hablar con usted personalmente... ¡Por favor, es tan importante...!

—¿Puede acudir a mi despacho de jefatura o prefiere que vaya yo a su casa?

—Si pudiera usted venir, aunque sin llamar demasiado la atención...

—Muy bien, muchacha. Y tranquilícese. Estaré ahí dentro de media hora.

—¡Dese prisa!

Colgué, intrigado.

—Vicky

O'Donell

—dije—. Está asustada por algo.

—¿Vicky

O'Donell?

—refunfuñó el capitán—. ¿No es esa chica de la que Pirro estaba encaprichado?

—Era algo más que un capricho. El muy cerdo se había propuesto apoderarse de ella. Lo hubiera conseguido sólo con que hubiésemos tardado un par de días más en acorralarle... Y ahora, ella insiste en verme.

—Está bien, quizá surja algo positivo de esa entrevista. Pero no

vaya usted solo, Mac Lean. Hasta que se aclare todo este embrollo, quiero que su compañero Masón permanezca a su lado, y que trabajen estrechamente unidos.

Fred asintió. Antes de irnos, el capitán repitió que iba a destinar a cuántos hombres fueran necesarios para rastrear la ciudad palmo a palmo. Los tres bastardos del demonio no iban a gozar de un instante de paz, así se ocultasen en el centro de la tierra.

CAPÍTULO VII

Vicky apenas había cumplido veinte años, tenía un cuerpo que era una suave armonía de curvas, unas piernas largas, esbeltas, de finos tobillos y firmes caderas, y un rostro bellísimo, en el que destacaban sus labios y los ojos de un azul intenso y profundo.

Cuando nos franqueó el paso a Masón y a mí, en esos ojos atrayentes como un abismo aleteaba el terror.

—¡Oh, Dios, creí que no iban a llegar ustedes nunca! —exclamó, tan pronto hubo cerrado la puerta.

Masón miró en torno. Estábamos en un apartamento limpio, ordenado y confortable, con exquisitos detalles que delataban el gusto de su propietaria.

—¿Qué pasa, muchacha? —le pregunté, intrigado.

Fred dijo:

—Está muy nerviosa, ¿no le parece? Tómese tiempo, cálmese y luego nos contará qué fue lo que le asustó.

—El... Su voz.

Nos miramos, estupefactos.

—¿De qué está hablando?

—De Tony Pirro.

—Ese hijo de una hiena está muerto —dijo Masón, impacientándose por momentos—. Trate de hablar con más coherencia, por favor.

Ella me miró a mí. Sus enormes ojos rebosaban miedo, y súplicas, y tal vez, también, en sus profundidades, esperanza.

—Recibí una llamada telefónica —explicó, al fin, luchando por dominarse—. Oí una voz... y era la voz de Pirro.

—Mire, pequeña. Pirro está muerto y enterrado. De modo que él no pudo hablarle por teléfono.

—¡Pero era su voz!

—Usted creyó que era su voz. Está aún bajo la obsesión del

terror que él le inspiró, eso es todo. Pero vayamos a los hechos, ¿qué le dijo el tipo del teléfono?

—Muy poco... y mucho, si pueden comprenderlo. Aseguré que nada había cambiado, que iba a hacerme suya, y que estuviera preparada para cuando me diera instrucciones. Tras esto, colgó. No me dejó formular una sola palabra..., aunque estaba tan asustada que tampoco hubiera podido hablar.

—¿Qué opinas de eso, Fred? —dije, rechinando los dientes.

—Nada, todavía. ¿Podría usted recordar exactamente las palabras que ese fulano empleó?

—No... Lo siento. Sé lo que dijo, pero no cómo lo dijo. El pánico me atenazó, desde el principio... ¡Pero les juro que era la voz de Pirro!

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Eso es imposible, porque Pirro está muerto. Yo mismo le acribillé. Le metí tanto plomo en el cuerpo, que aumentó de peso. Era Tony Pirro, Vicky. Yo le conocía bien, y ninguna bala le desfiguró el rostro. Encontramos sus huellas dactilares en el ametrallador que él disparó, y también en la pistola con la que me hirió a mí superficialmente. No puede usted rebatir todas esas pruebas de su muerte.

No replicó, porque a su miedo se unía ahora el desconcierto.

Masón gruñó:

—Era Pirro, muchacha, de eso no puede caber la menor duda. Le vimos con todo detalle, y si usted desea estar tan segura como nosotros, la llevaremos a que vea las fotografías del cadáver. Las del rostro no son ni siquiera dramáticas ni impresionantes.

—Estoy repitiéndome a mí misma que está muerto una y otra vez, desde que oí esa voz. En el fondo, sé que lo está, pero no puedo dejar de oír el timbre siniestro de su acento... ¿Quién creen ustedes...?

Calló porque sus labios temblaban demasiado para seguir hablando.

—Cualquiera de los que fueron fieles a él hasta el final..., los mismos que han intentado matarme a mí.

—¿A usted, teniente?

—Ajá. A mí también me llamó alguien por teléfono. Estamos rastreando a esos granujas por toda la ciudad, y le aseguro que,

cuando los tengamos a buen recaudo, no habrán más amenazas.

—Estoy segura de que tienen ustedes razón, pero no comprendo quién puede imitar su voz con tanta fidelidad..., ni qué se proponen, al hacerlo.

—Eso también es un misterio para mí —hube de reconocer.

Masón se encogió de hombros.

—Todos los tipos que colaboraban con Pirro estaban más o menos chiflados. Quién sabe lo que puede ocultarse en un cerebro apollado como el de esos bastardos.

—Se me ocurre una idea —tercié, súbitamente esperanzado—. Quienquiera que sea el fulano del teléfono, dijo que volvería a llamarla... ¿Es cierto, Vicky?

Asintió.

—Para darme instrucciones.

—Bien, colocaremos una derivación en su línea, interceptaremos el teléfono y, tan pronto llame, localizaremos el aparato. Con un poco de suerte, podremos cazarle.

Ella nos miraba asustada, indecisa. Al fin se decidió, y murmuró:

—Yo..., yo había pensado que colocarían ustedes algún agente cerca de mí..., como protección.

—Hacer eso está fuera de nuestras facultades, pero podemos intentarlo. De cualquier modo, los hombres que se mantengan a la escucha no estarán muy lejos de usted, Vicky.

Comprendí que eso no la tranquilizaba, pero era cuanto podíamos prometerle.

Antes de separarnos de ella, le pregunté:

—¿No tiene usted parientes, alguien con quien vivir, mientras dure este asunto?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nadie —musitó—. Mis padres murieron hace tres años, en un accidente.

—Bien, mientras se resuelve el asunto de su escolta, nosotros vendremos a verla con frecuencia. No abra usted la puerta a nadie que no conozca, y si ve algo que le parezca sospechoso, no dude en llamarnos. Es preferible acudir a una falsa alarma que llegar demasiado tarde.

Asintió, quizá más animosa que a nuestra llegada. De moda que nos despedimos, y abandonamos el apartamento.

Fred refunfuñó, una vez en la calle:

—Sólo imaginar que esa bestia sanguinaria pudiera poner las manos sobre esa chiquilla, me pone enfermo.

—No la tocará —dije, colérico—; no dejaré que llegue hasta ella, Fred.

—Estás casi tan nervioso como ella —gruñó Masón—. Será mejor que nos separemos. Yo me ocuparé de disponer la interferencia en su teléfono, y de solicitar que le asignen un par de hombres para protegerla. Después de eso, creo que iré a descabezar un sueñecito. Estoy molido, y mantener los ojos abiertos me cuesta un tremendo esfuerzo.

—De acuerdo, Fred. Yo también iré a dormir un poco.

—No te descuides, George. Recuerda que estamos ante un asesino frío y calculador.

—Tendré cuidado.

Nos separamos en la acera y, cuando me alejé, las palabras de la muchacha seguían zumbando en mi cerebro, con la impertinente persistencia de un moscardón.

CAPÍTULO VIII

Cuando llegué a mi casa, estaba sonando el teléfono. Una vez más, me asaltó el siniestro escalofrío que ya estaba resultándome familiar.

—¡Hable! —chillé al descolgarlo.

—¿Mac Lean, es usted el teniente Mac Lean?

—¡Sí!

—Estuve intentando localizarle hace horas...

—¿Quién es usted?

—No importan los nombres. Sé que están buscando el rastro de Klein y Burckhart.

—Es cierto. Y el de Ugo Waller, también.

—Yo soy Waller —soltó de pronto.

Me puse rígido de excitación.

—¿Waller? —exclamé—. Si eso es cierto, ¿qué diablos pretende, al llamarme?

—Decirle el lugar donde están escondidos Klein y Burckhart.

No podía creerlo.

—¿Pretende que me crea semejante historia?

—Si no me cree, demostrará ser un tonto, teniente. Quiero que los cacen..., sólo por lo que hicieron con la pobre Milly.

—¿Fueron ellos?

—No pudo ser nadie más.

—¿Cómo sabe que la mataron?

—Acabo de oír la noticia por la radio. Desde entonces, que trato de comunicar con usted.

—Supongamos que está diciendo la verdad. ¿Qué espera recibir a cambio de su informe, un perdón general a su pasado?

—Todo lo que quiero es que acaben con ellos, teniente... ¡Mátelos, como mató a Pirro! La pobre Milly tuvo razón... Ella quería que yo dejara la pandilla hace tiempo. Sólo por eso, Pirro la

amenazó. Me dijo lo que le haría a ella, si yo intentaba traicionarle... y al fin lo han hecho esos bastardos...

—Muy bien, Waller. ¿Dónde se ocultan?

—¿Conoce usted el viejo canódromo de Sutton Hall?

—Sí.

—Hace tiempo que fue clausurado por el comité. Ahora está cerrado... Bueno, Burckhart y Klein están allí, en lo que fuera vivienda del cuidador.

—Waller, si se trata de una trampa, no habrá lugar en la tierra lo bastante seguro para ti, después de esta noche.

—Vaya y compruébelo.

—Otra cosa —dije—, a pesar de todo seguiremos buscándote hasta echarle el guante, Waller. Hay unas cuantas acusaciones contra ti también.

—Lo sé.

Y colgó.

Reflexioné a toda presión. Podía ser todo una burda trampa para atraerme a un lugar sombrío y solitario. Pero, por otra parte, Waller no había mencionado que yo debía acudir sólo al canódromo. Y si me presentaba allí con un destacamento de policías, ya no habría trampa capaz de cazarme...

De modo que llamé a Fred. Se disponía a abandonar la jefatura, cuando se puso al teléfono.

—¿George? —exclamó—. Ya han salido los peritos que interceptarán el teléfono de la muchacha. En cambio, no hay gente disponible para establecer ese servicio de custodia.

—Ya pensaremos en eso más tarde. Ahora tengo algo, al parecer, definitivo. Ven a buscarme con el coche, y tráete un par de pistolas ametralladoras.

—¿Es que vas a declarar una guerra?

—Seguro. Conozco el paradero de Klein y Burckhart.

Oí un gruñido de excitación.

—¿Cómo lo conseguiste, George?

—Te lo contaré por el camino. Apresúrate.

Vino al máximo de velocidad. Me acomodé a su lado, y dije:

—Al viejo canódromo de Sutton Hall.

—¿Es allí donde se han escondido? —preguntó, acelerando.

—Sí.

—¿Y el otro, Waller?

—Waller ha sido quien me ha telefoneado para delatar a sus compinches.

—¡Increíble!

—No tanto, si lo piensas con calma. Se ha enterado, por la radio, de cómo fue muerta Milly Morgan. Eso le ha enfurecido, impulsándole a delatar a sus excompañeros. Está seguro de que fueron ellos quienes hicieron esa salvajada.

—Entiendo.

—¿Trajiste los «organillos»?

—Están en el asiento posterior.

—Espero que se resistan —dije, con la ira vibrando en mi voz.

—George, ya estás en mala situación con la prensa. Trata de controlarte esta vez, o te hundirán.

—¡Al demonio con los periódicos!

—De cualquier manera, intenta frenar tus impulsos.

—Mejor que frenen ellos los suyos.

Condujo en silencio el último tramo del trayecto, y estacionó el coche cerca del muro sur de la inmensa construcción.

Empuñamos las metralletas, y nos apeamos silenciosamente.

—Creo recordar que la caseta del vigilante estaba en la fachada sur del canódromo —murmuré.

—Empiezo a pensar que debimos solicitar ayuda, George. Ese lugar es inmenso, y hay docenas de sitios por los que escapar. No podremos cubrirlos nosotros solos.

—Ni necesitamos hacerlo, sorprendiendo a esos dos cerdos en la casa.

Nos deslizamos a lo largo de los muros. Había multitud de puertas de entrada, pero estaban cerradas con llave todas ellas.

Al fin, descubrimos el pequeño pabellón anexo al muro, pero no nos detuvimos aún, sino que continuamos alejándonos un trecho cautelosamente.

Cuando nos detuvimos, Fred musitó, con voz apenas audible:

—Voy a escalar el muro, y así les sorprenderemos entre dos fuegos... Tú te encargarás de la casa por el lado de la calle. Si intentan escapar por atrás, allí estaré yo, esperándoles.

Le ayudé a escalar el muro, y pronto lo hube perdido de vista. Entonces retrocedí sobre mis pasos, y fui hasta la puerta del

pabellón.

Llamé repetidamente y esperé.

Tardaron una infinidad de tiempo en dar señales de vida. Una voz precavida preguntó, desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién está ahí?

Era un mal asunto tener que hacer las cosas bajo un estricto sistema de conducta.

—¡Policía! —grité—. ¡Están rodeados, de manera que no tienen escape!

Escuché una exclamación inarticulada, y luego, unos pasos que se alejaban de la puerta.

Apunté a la cerradura con la metralleta, y tiré del disparador.

Los proyectiles se llevaron la cerradura por delante, y la puerta osciló, moviéndose hacia el interior.

Pegado a la pared, esperé. Una bala salió zumbando, y el seco estampido se fundió con el eco de mi andanada.

—¡Salgan con las manos en alto! —ordené a gritos—. ¡Es inútil que resistan!

No obtuve respuesta. Estaba considerando la idea de zambullirme al oscuro interior cuando, más allá de la casa, retumbó una ráfaga de ametrallador. Masón entraba en liza.

Tomé impulso, y salté dentro de la negra estancia.

Escuché el retumbar de las armas, y me deslicé por el interior, tratando de no derribar ningún mueble que delatase mi presencia dentro del edificio.

Lo atravesé todo, hasta la fachada que daba al interior del canódromo. Los disparos retumbaban ahora a mi derecha, en una amplia galería, en la que estaban apostados los pistoleros.

Pegado al quicio de la puerta, grité:

—¡Entréguense, están rodeados!

Las armas callaron instantáneamente. La última en quedar muda fue la de Masón, parapetado en las filas de asientos de la desierta pista.

Esperé, con los nervios en tensión. Luego, furiosamente, los pistoleros enviaron una sarta de balazos hacia mí. Oí zumbar el plomo, y me mantuve quieto.

Masón reanudó su mortífero concierto.

En algún lugar, el motor de un coche rugió, al ponerse en

marcha. En medio del retumbar de los disparos, el auto arrancó muy cerca. Debía ser uno de los que vimos aparcados cerca de la entrada de la casa.

Me pregunté de dónde habría salido el fugitivo, y cuál de los dos sería, si Klein o Burckhart, pero la cosa ya no tenía remedio. Levanté poco a poco el cañón de mi ametrallador, tiré del disparador, y barrí parte de la oscura galería con la cortina de fuego y plomo que desencadenaba.

Escuché un alarido, y luego el golpe de algo metálico. Después el golpe fofo de un cuerpo al desplomarse.

Entonces quedé perplejo, porque, en buena lógica, sólo debía haber quedado un pistolero allí, el que yo acababa de tumbar. Sin embargo, había otro, y éste fue el que estuvo a punto de cazarme porque, confiado en haber terminado con el enemigo, me aparté de mi refugio.

Distinguí un confuso movimiento en la galería y, de modo instintivo, me zambullí en el aire. Vi los fogonazos de un arma, escuché los broncos rugidos de una pistola, y las balas pasaron tan cerca de mis cabellos, que creo lograron alborotármelos.

Rodé sobre mí mismo, buscando un ángulo de tiro favorable. Las balas me siguieron tan cerca que llegué a pensar que aquel bastardo tenía ojos de gato, capaces de ver en la oscuridad.

Mi espalda golpeó contra una pared. Una bala se incrustó en ella, y otra pegó un poco más abajo, y rebotó con un agudo quejido.

Masón envió otro alud de plomo. Me mantuve pegado al suelo, porque ahora corría también el riesgo de ser acribillado por mi propio compañero.

Volví a levantar el ametrallador, y aguardé, con el dedo tenso sobre el gatillo.

Cuando el pistolero devolvió una parte del fuego de Masón, pude ver las llamaradas de su arma.

Se oía una sirena lejana, pero que aumentaba de volumen por instantes.

Los fogonazos del arma del pistolero se reprodujeron con sus nuevos disparos. Ahora calculé la posición de las llamaradas, en relación con el cuerpo de quien la utilizaba, contando con que el hombre no fuera zurdo...

Tiré suavemente del gatillo, y le mandé una corta ráfaga.

Su alarido de muerte fue tan agudo, que retumbó incluso por encima del bramido del arma de Masón.

Luego le oí caer, y grité:

—¡Masón! ¿Me oyes?

—¡Seguro! ¿Estás bien?

—Perfectamente, pero esos perros no pueden decir lo mismo.

Le oí acercarse, mientras yo buscaba afanosamente la llave de la luz.

Cuando la encontré, la galería se inundó de luz, mostrándome dos cuerpos retorcidos, como aplastados contra el suelo por el peso del plomo que llevaban dentro.

Con cautela, Masón asomó por un ángulo. Vio el panorama con un solo vistazo, y acabó de colarse.

—Veamos a esas bellezas —rezongó.

Les dimos la vuelta. Sin ninguna duda, eran los hombres que habíamos ido a buscar.

Klein y Burckhart.

Fred suspiró.

—Se acabó —dijo—. Ya no más asesinatos demenciales, ni más amenazas...

—Uno escapó, Fred —dije.

—¿Qué?

—Le oí huir, y luego escuché también el rugido de un motor, alejándose a toda velocidad.

—¿Quieres decir que había tres tipos aquí dentro?

—Ya puedes jurarlo.

—Pero ¿quién, maldita sea? Porque no creo que se tratase de Waller, y él es el único componente de la pandilla que queda.

—No sé quién era, pero, desde luego, no se trataba de ningún tonto. Mientras esos dos idiotas se hacían matar aquí fuera, él se ha mantenido oculto en alguna de las habitaciones del interior, esperando que yo me internase, para deslizarse fuera y huir.

—Dejándoles en la estacada —masculló Fred—. Es admirable la lealtad entre esas ratas, ¿no te parece?

El patrullero había llegado. Oímos el chillido de las ruedas al frenar bruscamente, y luego, los pasos recios de los guardias ante la entrada.

Masón gritó:

—¡Cuidado, les habla un oficial de Homicidios, no vayan a entrar disparando!

Una voz inquirió:

—¿Su nombre...?

—¡Teniente Masón!

Un sargento de uniforme apareció entonces en la puerta. Llevaba en la mano su «45» reglamentario, aunque parecía un tanto desconcertado.

Yo dije:

—Llamen a Jefatura, sargento. Tenemos dos cadáveres ahí atrás, y es necesario sacarlos. Pida que envíen, también, un equipo de huellas.

Fred indagó:

—¿Para qué quieres las huellas dactilares, si ya tenemos a los dos tipos muertos?

—Tal vez sea posible encontrar las del tipo que escapó. Eso nos revelaría su identidad, y tendríamos un nuevo eslabón de esta cadena.

—Opino que se trata de Waller.

—No lo creo. ¿Por qué diablos se habría arriesgado de ese modo, sabiendo que íbamos a llegar de un momento a otro, después de su denuncia?

—Bueno, no sirve de nada discutir ahora. Las huellas nos dirán su identidad.

Cuando llegaron los muchachos del laboratorio, y más policías de uniforme, y el forense y los fotógrafos, aquello se convirtió en un manicomio, de modo que nos deslizamos fuera y así pudimos largarnos, antes de que empezaran a llegar los primeros periodistas...

CAPÍTULO IX

Cuando nos separamos, casi amanecía, y, después de una noche tan condenadamente mala, ambos nos sentíamos poco más o menos como si hubiésemos corrido cien millas cuesta arriba.

Me fui caminando por las calles desiertas, tratando de hallar una explicación satisfactoria y más o menos lógica a lo que estaba sucediendo, sin encontrarla.

Nada tenía sentido.

En absoluto.

Habíamos acabado con dos de los tres esbirros que habían ayudado a Tony Pierro a cometer la mayoría de sus sangrientas fechorías. El tercero, Waller, caería tarde o temprano y, al parecer, era ajeno por completo a los atentados contra mí.

Y un cuarto individuo parecía estar metido en el juego; el mismo que había huido del canódromo, mientras acorralábamos a Klein y a Burckhart.

Era inútil tratar, siquiera, de adivinar la identidad de ese hombre. Por el momento, era un completo misterio, alguien indeterminado, una sombra siniestra, gravitando hasta cierto punto sobre mi cabeza.

Y la de Vicky
O'Donell.

Fue al pensar en ella que cambié de rumbo apenas sin darme cuenta, hasta llegar al edificio de apartamentos donde vivía.

La puerta de la calle estaba abierta y entré. Las primeras luces del alba disipaban las sombras del zaguán. Subí las escaleras silenciosamente hasta detenerme ante su puerta.

Llamé con los nudillos. Fue como si ella hubiese estado al otro lado de la puerta, esperando que llamara.

—¿Quién es? —preguntó en un susurro.

—Mac Lean, Vicky.

Abrió, y volvió a cerrar tan pronto hube entrado.

Casi di un brinco, al ver su rostro desencajado por el pánico.

—¿Qué ocurre? —dije—. ¿Llamó otra vez ese tipo?

—Peor... vino aquí, teniente.

—¿Aquí?

—Llamó a la puerta. No quise abrir, y pregunté quién era...

—¿Y bien?

—¡Es horrible! —estalló, sollozando—. Dijo que era Tony...

La tensión la venció y, con el estallido de llanto, vino a refugiarse entre mis brazos.

La dejé que se calmara, sintiendo en mi interior el mismo escalofrío que ya conocía.

Instintivamente, le acaricié el largo cabello, tratando de reducir su tensión. Su firme cuerpo se estremecía entre mis manos y, en otras circunstancias, quizá hubieran cruzado mi mente imágenes turbadoras.

Entonces sólo deseaba que se calmara para interrogarla más a fondo.

Tardó mucho tiempo. Y entonces balbuceó, aún apretada contra mí:

—Desde que él vino, que estoy intentando comunicar con usted, teniente...

—Debió pedir que enviasen a otro policía, entretanto. O pedir, simplemente, ayuda por teléfono. Hay hombres a la escucha, desde que lo han intervenido.

—Sólo pensaba en usted... y en su ayuda.

Separó la cara de mi mejilla para mirarme. Vi temblar sus labios suaves y húmedos tan cerca de los míos, que instintivamente la aparté, por temor a estropearlo todo.

—Cálmese. Y hablemos con sentido común. ¿Cómo era la voz del hombre que afirmó ser Tony Pirro, sonaba forzada, como de alguien que finge o que se esfuerza por imitar la voz de otro?

—No fingía. Era completamente natural... ¡Y era su voz!

—¿La de Pirro?

—Sí.

—Eso es absurdo, y usted lo sabe. Pirro murió. Le vi morir a mis pies, convertido en una criba. De manera que aleje esas ideas de su mente, si hemos de hablar con algún sentido.

—No comprendo qué sucede, sólo le digo que era su voz, y que él dijo que era Tony.

—¿Qué más dijo, cuando usted se negó a abrirle?

—Le oí reírse muy quedo. Después, afirmó que, antes de lo que yo imaginaba, sería suya, porque accedería a acompañarle a dónde me llevase, o haría conmigo lo mismo que hizo a otras, antes.

—¿Eso fue todo?

—¿Le parece poco? Casi me desmayé. Sólo me sostuvo el temor de que él pudiera forzar la puerta... Pero oí sus pasos alejándose, y ya no volvió.

Nos sentamos uno al lado del otro, en el diván. Ella estaba rígida, y yo, desconcertado por completo.

—Es incomprensible —dije—. Hemos acabado con dos de sus secuaces, esta noche. Y el tercero, que fue quien los delató, no parece que sea el que ha tramado toda esta farsa sangrienta. Lo cual indica que hay un cuarto elemento, del que no tenemos la menor idea, en lo que atañe a su identidad.

—No podría soportar otra noche como ésta, teniente —suspiró Vicky.

—Arreglaremos eso, pequeña. El Departamento no puede distraer a los escasos agentes de que dispone, dedicando a algunos de ellos a su continua protección, pero lo haremos de otro modo.

—¿Cómo?

—Vendrá usted a mi casa. Allí estará segura porque, en todo momento, yo o Fred Masón estaremos a su lado. Podremos turnarnos, ¿entiende?

Hundió sus pupilas en mis ojos, como intentando ver hasta mis más recónditos pensamientos.

—¿Por qué hace eso por mí, teniente? —musitó.

—Necesita protección, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—Olvídelo. En cierto modo, estamos los dos en la misma nave que hace aguas. Nos ha amenazado el mismo individuo y, hasta el momento, los triunfos han estado en sus manos. Y todo lo que sabemos es que se trata de una bestia salvaje como el mismo Pirro, y que hay que exterminarlo antes que haga más daño.

Guardó silencio un buen rato, acurrucada en el ángulo del diván. Luego, murmuró:

—Los periódicos dicen que usted acribilló a Pirro como venganza por lo que él hizo con su esposa, no como un oficial de policía. También dicen que...

—No me importa lo que digan. Probablemente, tienen razón, porque yo odiaba a ese engendro como jamás pensé que pudiera odiarse a nadie. Y cuando le maté, lo hice deseando que tardara en morir, que sufriera parte del dolor que él había sembrado durante su vida... Pero en eso fallé. Murió casi instantáneamente.

—Debió amar mucho a su esposa, teniente, ¿no es cierto?

—No deseo hablar de eso.

—¿Prefiere vivir encadenado a su recuerdo todo el tiempo que le quede de vida?

—Yo no lo considero una cadena. Simplemente, no deseo olvidarla.

—¿Cómo era ella, teniente?

—Cambiemos de tema, ¿quiere?

Me miró, y asintió con un gesto.

Hice que preparase un pequeño maletín, con las prendas de ropa más imprescindibles. Entretanto, la claridad a través de la ventana se intensificó, mostrando un nuevo día, que nacía gris y sombrío, casi tan sombrío como la amenaza que se cernía sobre nosotros dos.

La misma amenaza que parecía unimos más estrechamente...

Estábamos a punto de abandonar el apartamento cuando el teléfono sonó. Casi pegué un respingo, al oírlo.

Vicky esperó, mirándome con angustia.

Yo dije:

—Tal vez sea el mismo hombre... Yo descolgaré, usted preguntará quién llama, y se apartará, dejándome a mí el auricular. ¿Entiende?

Asintió. Estaba temblando.

Descolgué el aparato, y lo acerqué a la muchacha. Su voz estuvo a punto de quebrarse cuando preguntó:

—¿Quién es...?

Pegué el auricular en mi oído. La voz que ya conocía dijo:

—La próxima vez me abrirás la puerta, querida mía. No quisiera hacerte ningún daño... porque te amo y tú lo sabes, ¿no es cierto?

Rechinando los dientes, dije:

—Es la primera vez que un hijo de perra me declara su amor de

este modo.

—¿Quién...?

—Mac Lean, cerdo. Y no habrá próxima vez en este caso porque antes te habré cazado, como a una bestia dañina.

—¡Tú, maldito pies planos! ¿Qué estás haciendo ahí?

La idea estalló en mi mente como un cohete. Fue una inspiración súbita, y no me detuve a reflexionar cuando le solté:

—Protegiendo a Vicky. Amparándola para que no puedas llegar jamás hasta ella porque es mía. La quiero y, antes que puedas acercarte a esta mujer, estarás muerto.

Sonó una especie de rugido al otro extremo de la línea. Desesperadamente, yo deseaba que él siguiera hablando, dando tiempo a los peritos a localizar el teléfono desde el que hablaba.

—¿Lo has oído? —grité—. ¡Vicky es mía! Sólo podrás llegar hasta ella, si antes consigues eliminarme a mí. Pero nunca podrás... porque antes te habré acibillado a tiros, como acabé con tu patrón.

—No debiste acercarte nunca a ella, Mac. Haré contigo algo especial, muy pronto. Pero antes, verás una muestra de eso.

Colgó, y el auricular se quedó mudo.

Poco a poco, lo deposité en el soporte. Detrás de mí, la voz de Vicky, apenas un susurro, dijo:

—¿Por qué dijo eso, teniente?

Me volví. La angustia no conseguía descomponer la increíble belleza de su rostro.

—Para obligarle a precipitar las cosas... para que intente atacarme a mí, impulsado por la furia y el despecho. Creo que he conseguido enfurecerle mucho más de lo que él mismo hubiese querido.

—Pero usted le dijo que me quería...

—Debía decirle algo semejante para que perdiera el control.

Estaba mirándome de una manera extraña.

—Sólo por eso —murmuró—. Le mintió sólo para que se pusiera furioso...

—No desorbite las cosas, muchacha. Estamos tratando con un criminal salvaje y sanguinario, quizá peor que el mismo Pirro.

—Lo sé. Pero, por un instante...

Su voz se cortó. Lo que implicaban sus palabras era algo que me negué a considerar, en aquellos instantes de tensión.

Descolgué de nuevo el teléfono y dije:

—Habla el teniente Mac Lean. ¿Están a la escucha?

Hubo un chasquido, y una voz asombrosamente clara replicó:

—Escuchamos su anterior conversación, teniente. La llamada fue hecha desde una cabina pública de Marion Square, pero se interrumpió antes que el primer coche-patrulla pudiera llegar hasta ella.

—Era de esperar que fuera así. Escuchen, dejen libre ese teléfono. Voy a llevar a la muchacha a mi casa, de manera que ocúpense de controlar mi propio teléfono, a partir de ahora.

—De acuerdo, teniente.

Colgué, agradeciéndole al técnico que no hiciera ningún comentario irónico sobre lo que había escuchado antes.

Así fue como Vicky se trasladó a mi propio domicilio, en medio de la angustiada pesadilla que parecía envolvemos cada vez más estrechamente...

CAPÍTULO X

Fred Masón llegó a media mañana. Había dormido, y tenía mejor aspecto que cuando nos separamos.

Le conté lo sucedido, y la cosa pareció preocuparle seriamente.

—¿No pudiste sorprender ningún matiz en su voz que pudiera darte una idea de la clase de individuo con quien nos enfrentamos?

—Muchacho, lo que su voz me sugirió es algo idiota, de modo que olvidémoslo.

—Ya veo... también a ti te pareció la voz de Tony Pirro. ¿Es eso?

—Era parecida, eso debo admitirlo. Pero sonaba forzada, como si hiciera esfuerzos para imitarla.

—¿No estaría esforzándose para disimularla, cuando te pusiste tú al teléfono?

—¿Disimularla? No veo por qué tenía que hacer eso, si es un desconocido para mí.

—Tal vez no sea tan desconocido como todo eso, George...

Vicky apareció, trayendo grandes tazas de café negro. Humeaba y olía deliciosamente.

Masón la miró mientras servía la infusión y, sonriéndole, dijo:

—Sería usted una deliciosa ama de casa, muchacha... Gracias, sin azúcar para mí.

—¿Qué diablo quisiste decir con eso de que no era un desconocido para mí?

El sorbió el café, antes de responder:

—Anoche —dijo—, cuando nos separamos, me fui a la oficina, y pasé más de dos horas revisando todo el expediente de Tony Pirro. Lo leí entero, de arriba abajo, hasta los menores detalles.

—¿Y qué?

—¿Recuerdas que, en los comienzos de la investigación, interrogamos a un rumano, un viejo llamado Dumitriu?

—Creo que sí... Había conocido a los padres de Pirro. Nos costó sacarle las respuestas porque estaba borracho como una cuba.

—Cierto. Es un pobre alcohólico, y la borrachera es su estado natural. Bueno, esta mañana estuve a verle, antes de venir aquí.

—¿Y qué con eso?

—Le saqué de la cama. Hube de meterle bajo la ducha para que se despejara un poco, y sospecho que no me lo agradeció. Pero le obligué a bucear en sus recuerdos. Me habló de los padres de Tony Pirro, de todo cuanto recordaba de aquellos tiempos, cuando Tony era un chiquillo que sembraba el terror entre las pandillas de golfos de su barrio...

—¿Y todo eso para qué? Ya prestó declaración, cuando iniciamos las investigaciones.

—¿Para qué? Bien, digamos que anoche me pregunté quién demonios podía tener un interés tan absoluto en vengar a Tony Pirro. Entiéndeme; quién, que no fueran sus secuaces. Y me dije que la persona que más podía ansiar vengarlo debía ser un pariente cercano de nuestro difunto criminal...

—No tenía parientes.

—Ahí es donde te equivocas.

Me enderecé, repentinamente alerta.

—¿Existen familiares de Tony Pirro? —dije, estupefacto—. No apareció ninguno, durante toda la investigación.

—Dime una cosa, George. ¿Adonde fue a parar todo el dinero que Pirro acumuló, a lo largo de su carrera de crímenes?

—Esa pregunta imagino que quedará sin respuesta hasta el fin de mis días. No lo sé.

—Amasó una fortuna, eso lo sabemos. Llevaba un enorme fajo de billetes en el bolsillo cuando murió, seguramente porque pensaba utilizarlos para escapar... Pero el grueso no apareció.

—¿Y qué, has hallado también ese dinero?

—Por supuesto que no, debió ocultarlo perfectamente. Pero he encontrado un posible destinatario de una parte de esa fortuna.

—¿Un pariente?

—Dumitriu, cuando se aclararon un poco las telarañas alcohólicas de su cerebro, recordó la infancia de Tony, cómo sembraba el terror entre los demás golfos... Cómo propinaba tremendas palizas... a todo aquel que se burlaba de su hermano.

Casi salté fuera de la silla.

—¡Un hermano!

—Un retrasado mental congénito. De pequeño era el blanco de las burlas de los otros chicos. Tony le defendía, acogotando a cualquiera que se riera del pobre demente.

—¿Y...?

—Dumitriu apenas recordaba qué fue del muchacho. Sabía que se lo llevaron del barrio, y que jamás nadie volvió a verlo. Pero eso fue suficiente para mí. Hice que todos los hombres disponibles se lanzaran tras la pista de Giuseppe Pirro, y esta mañana mismo hemos obtenido los primeros resultados.

—¡Acaba de una vez! —Me impacienté.

Sonrió, satisfecho.

—Lograron averiguar que en aquella época fue internado en un sanatorio mental dependiente del Estado. Pasó varios años allí, hasta que Tony le sacó, internándole en una institución privada. Le costó una fortuna mantenerlo allí todo este tiempo.

—¿Y aún sigue en esa institución?

—No lo sé. Me proponía averiguarlo, después de informarte de ese nuevo giro de los acontecimientos. Pero, a juzgar por el informe del sanatorio en que pasó los primeros años de encierro, era un enfermo incurable, idiotizado o algo así. Nunca he logrado entender los términos científicos con que designan a esta clase de dementes.

—Entonces, has perdido el tiempo. Si se trata de un enfermo incurable, no pueden haberle dado de alta.

—Pero pudo escapar. Eso no lo sabremos hasta hablar con la gente de esa clínica.

—Me ocuparé de eso —dije—. Me toca a mi moverme ahora. Tú te quedarás aquí, con Vicky. El teléfono está intervenido, de modo que si ese engendro llama, trata de retenerlo, aunque no creo que obtengamos nada. Telefona desde cabinas públicas, y es lo bastante astuto para abandonarlas mucho antes de que podamos llegar hasta él.

—De cualquier modo, le retendré todo el tiempo que pueda, si telefona.

Vicky murmuró:

—¿Green que me buscará aquí?

Masón se encogió de hombros.

—Ojalá lo hiciera —gruñó, furioso—. Tendríamos la oportunidad de acabar con todo esto, de una vez.

Acabé de anudarme la corbata, y enfundé el revólver de reglamento en la funda axilar.

—¿Cuál es la dirección de esa clínica privada, Fred?

—Aquí tienes. Lo anoté antes de venir.

Tomé el papel y, tras una mirada de ánimo a la muchacha, partí, dejándoles encerrados en mi propia casa.

Por lo menos, allí Vicky podría permanecer custodiada todas las horas del día y de la noche.

CAPÍTULO XI

Era un lugar de lujo, sin ninguna duda. Un edificio grande y blanco, rodeado de extensos y hermosos jardines, bien cuidados paseos, pistas de tenis y una gran piscina.

Nada, en aquel lugar, sugería la idea de la locura. No parecía una clínica mental, sino un hotel de cinco estrellas. Me dije que la estancia de un enfermo debía costar una auténtica fortuna...

El director se llamaba Kirkside, era alto y distinguido, y llevaba la corta bata blanca con la misma distinción con que hubiera podido llevar un traje de gala.

—¿Giuseppe Pirro? —dijo cuando le pregunté—. Efectivamente, hemos cuidado de ese paciente durante muchos años, teniente.

—¿Quiere decir que ya no está aquí?

—Ciertamente.

Estuve a punto de levantarme de un brinco.

—¡Pero si escapó, usted debió denunciarlo inmediatamente...!

—¿Quién dijo que se había escapado? No creo que esa idea pasara jamás por su mente enferma.

—¿Entonces...?

—Lo sacaron, eso es todo. Dijeron que la estancia del enfermo en este lugar resultaba insostenible, económicamente hablando, y se lo llevaron para ingresarle en otro sanatorio más económico.

—¿Quiénes hicieron eso?

—Sus parientes, supongo. Firmaron los documentos legales... Podemos comprobarlo, por medio de nuestros archivos.

Descolgó un blanco teléfono, y dio unas órdenes.

Al colgar, pregunté:

—¿Qué clase de locura es la de ese hombre, doctor?

—Incurable, por supuesto.

—¿Peligroso?

—No, pacífico. Por lo menos, mientras alguien no le enfureciera.

Con el trato debido, es un enfermo totalmente inofensivo.

—Usted no tendrá idea del sanatorio al que lo llevaron, al salir de aquí...

—En absoluto.

Alguien llamó a la puerta, y una esbelta enfermera entró, trayendo un *dossier* de tapas amarillas.

Cuando la muchacha se hubo retirado, el doctor Kirkside la abrió y, tras darle un vistazo, dijo:

—Fueron sus tíos paternos los que vinieron por él, teniente. Aquí están sus firmas.

Las examiné. Eran ilegibles, pero en los apartados correspondientes constaban los nombres completos de los dos hombres, ambos llamados Pirro.

Sin embargo, y a menos que nuestra investigación fuera lamentablemente incompleta, me constaba que no existían tales tíos, ni otro familiar alguno.

—¿Ésta es la fecha en que vinieron a buscarlo? —pregunté señalando los documentos.

—Efectivamente, hace dos semanas tan sólo.

—Doctor, ¿sabía usted quién era el hermano de su paciente?

—Lo supe cuando leí los periódicos. Até cabos, por medio de los nombres y la historia del criminal que usted abatió... Hasta entonces, no me había preocupado nunca de averiguarlo. Los fondos para la estancia aquí del enfermo eran ingresados con toda regularidad, nunca recibía visitas ni causaba problemas... Confieso que nunca asocié a mi paciente con ese sádico criminal, de su mismo apellido.

—Claro, lo comprendo, doctor. Y le agradezco su ayuda.

De regreso a la ciudad, estuve reflexionando intensamente sobre el nuevo giro de los acontecimientos.

Tony Pirro había sido un loco sádico y sanguinario. Su hermano, loco también, aunque con otra clase de demencia... y liberado de su encierro poco antes del final de Tony.

Según el doctor, era un loco inofensivo, mientras no se le enfureciera...

Bueno, imaginé que la muerte de su hermano debió ser motivo suficiente para enfurecerle, y, si era así, mi situación y la de Vicky pendían sólo de un tenue hilo...

CAPÍTULO XII

Masón me escuchó, intrigado.

—Así que sus «tíos» le sacaron del encierro —gruñó, cuando terminé—. No hay ningún tío en ninguna parte. Dumitriu es tajante en esta cuestión. Su cerebro nada en alcohol, pero conserva aún parte de sus recuerdos.

—Fueron hombres de Tony Pirro, haciéndose pasar por parientes del enfermo —afirmé, convencido—. No hay más que ver sus torpes firmas. Lo que no comprendo es la razón por la cual le sacaron de allí.

—Sólo se me ocurre una, George: Utilizarlo contra ti. Sólo que los acontecimientos se les precipitaron antes que pudieran hacerlo, y su plan se hizo añicos antes que pudieran ponerlo en práctica, de modo que ahora tenemos un demente circulando por la ciudad, rebosante de odio contra ti...

Vicky se removió en su butaca, y murmuró:

—¿Por qué ese loco me quiere a mí también?

Masón rió entre dientes.

—Mírese al espejo, linda, y sabrá la razón.

—Pero él no me conoce...

—Tony debió hablarle de usted. O quizá guardaba una fotografía suya, que ahora estaría en manos de ese demente, y éste la ha incluido a usted en su herencia... No puede uno saber nunca cómo funciona la mente de un tipo así, ¿no te parece, George?

Asentí, preocupado.

Vicky no parecía tan convencida, pero no insistió.

Levantándose, Masón decidió:

—Antes de continuar con esta teoría, debemos estar absolutamente seguros de que realmente el enfermo no fue ingresado en otra clínica más económica. Me ocuparé de eso, y te informaré cuando sepa algo concreto.

—Hazlo, y si no está en ninguna, creo que podremos dar por sentado que quien ansia mi pellejo es ese loco que el diablo confunda.

Masón se fue rápidamente. Apenas se hubo cerrado la puerta, Vicky susurró:

—No ansia sólo su vida, teniente, sino que también me quiere a mí... y sólo pensarlo me produce escalofríos, y... y náuseas. Creo que preferiría estar muerta que... que verme sola con él en una habitación.

—Eso no sucederá, Vicky, mientras podamos permanecer a su lado Masón o yo.

—Pero esta situación no podrá prolongarse eternamente, ¿no lo comprende?

—Tranquilícese. La prolongaremos todo el tiempo que sea necesario. No dejaré que nadie le haga el menor daño.

—Yo... me gustaría poder agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

—No lo hago sólo por usted, pequeña, sino también para salvar mi propia cabeza.

—Está mintiendo, y lo hace muy mal.

—¿En qué estoy mintiendo?

—Para salvar su vida, no necesita protegerme a mí de este modo. Usted no se preocupa tanto de su vida como de la mía. ¿No es cierto, teniente?

—Desde luego, no deseo que le suceda nada malo.

—¿Por qué, le recuerdo, tal vez, a su esposa?

—Cambiemos de tema.

—Algún día habrá de enfrentarse con la realidad, ¿no le parece? Ella está muerta, y usted vive.

—Por favor...

—¿Tiene miedo a su recuerdo?

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué? ¿Tiene, quizá, miedo de mí?

Esta vez la miré, y sorprendí un inusitado brillo en sus profundos ojos azules.

—¿Qué pretende, acorralarme? —dije, inquieto a mi pesar.

—Quiero que se enfrente con la realidad, eso es todo.

—Y usted forma parte de esa realidad, claro.

—Inevitablemente. Estoy viva, estoy a su lado, y ocupo una pequeña parte de esta casa, en la que ella vivió. Una parte insignificante, si usted quiere, pero estoy aquí, junto a usted, horas y horas. ¿De veras no despierto en usted el menor sentimiento, teniendo, ni siquiera un poco de deseo?

—¡Vicky! —protesté.

—Empiezo a creer que he perdido mi poder de seducción. Habré de consultar con un psiquiatra acerca de eso.

—Celebro que se sienta con ánimo de bromear, muchacha.

—¿Cree, realmente, que es todo una broma?

Me enderecé, súbitamente alerta.

—Vicky, creo que empieza a desvariar. ¿Qué pretende, provocarme?

—Sólo hacerle reaccionar normalmente.

—Escuche, ¿cuántos años tiene usted?

—Veintiuno.

—¿Seguro?

Carraspeó, apurada.

—Bueno, sólo faltan cinco meses para cumplirlos...

—Ajá. ¿Cuántos cree que tengo yo?

—Nunca me detuve a pensar en eso.

—Ni importa, dígalo ahora. ¿Cuántos?

—No sé... quizá veintiséis...

—Treinta y uno, pequeña. Y a mí no me falta ningún tiempo para cumplirlos.

—Bueno, ¿y qué quiere decir con eso, que puede ser mi padre y cosas así?

—Eso sería difícil, pero diez años de distancia son muchos años. Y ahora, hablemos de otra cosa, si no le importa.

—Tiene miedo de mí. Usted, un oficial de policía...

—Por favor, Vicky...

—¿Cree que mancillaría su recuerdo, si se enamorase otra vez? Algún día eso sucederá, y usted no podrá evitarlo. Ni su recuerdo tampoco. Ese recuerdo podrá mantenerse tan limpio y dulce como ahora, aunque vuelva a amar a otra mujer...

—Concretamente, Vicky, ¿qué es lo que se propone?

—Es usted un pésimo policía, si no lo ha descubierto ya, a estas alturas.

Yo no era un mal policía, y la cosa estaba clara. Sólo que me equivocaba en cuanto a la intensidad y profundidad de lo que estaba sucediendo entre los dos.

En realidad, fue como un estallido. Primero la encontré entre mis brazos, estremecida y palpitante. Luego, su boca ardió en la mía como la lava de un volcán en erupción, y todo estuvo claro para mí.

Pero era sorprendente que sucediera de ese modo sencillo, casi infantil, y con una muchacha como Vicky que, con su juventud, su belleza y vitalidad, podía aspirar a alguien mucho más joven e importante que un pobre polizone, acuciado por incesantes problemas.

Sólo que en aquellos instantes no pensé en nada de todo eso. Sólo viví para entregarme a esa nueva experiencia, al torbellino incontenible que ella significaba en mi rutinaria existencia.

Hasta que sonó el teléfono.

El agudo sonido hizo añicos la sublime perfección de aquellos instantes de plenitud absoluta, de amor elevado a sus más limpias y maravillosas cumbres...

La aparté a regañadientes, recreándome en su maravillosa contemplación.

Me sonrió y dijo en un susurro:

—¿No vas a contestar, querido?

Sonaba bien esa palabra.

Casi tan bien como el chasquido de sus besos, y la caricia de su aliento.

—Sí, claro...

Tanteé hasta atrapar el auricular.

—¡Hable!

—Ya pensé que no te encontraría en tu choza, Mac.

Era su voz.

Aquella voz maligna que yo debía destruir, ahora con más motivos aún que antes.

—¿Qué se te ocurre esta vez, chacal?

Rió. Luego, dijo:

—He dejado una muestra de lo que haré contigo, Mac. Y ahora lo precipitaré. Tu tiempo se ha acabado, sólo por haberte atrevido a mirar a Vicky...

—Con sólo pronunciar tú su nombre, la mancillas, matarife. Pero

hice algo más que mirarla, si eso te interesa. La amo, ¿comprendes? Es mía enteramente, y ya nunca podrás tocarla siquiera.

—¡Mientes! Me pertenece...

—¿Por qué piensas que te pertenece, porque tu hermano te la cedió como herencia?

Hubo un bronco estertor al otro extremo de la línea. Mis manos temblaban, con mis ansias de retenerlo todo el tiempo posible...

Cuando volvió a hablar, su voz era ronca, siniestra como un soplo del infierno:

—No debiste decir eso, Mac —murmuró—. Fui a ver a Ugo Waller... Sólo él pudo delatar a los otros dos. Le encontrarás en West Road, siete, cinco. Es la muestra de que te hablé.

—¡Espera, no cuelgues, tengo algo más que decirte aún!

—No soy tan idiota. Pretendes que localicen este teléfono...

—¡Maldito si eso me importa ahora! Se trata de Vicky.

—Cuando tú estés muerto, ella...

—Está aquí, hijo de una hiena. Conmigo, en mi propia casa. Ya no saldrá nunca más de ella.

Oí una especie de quejido. No pude saber si era un gruñido de ira o de frustración.

Luego, la comunicación se cortó.

Golpeé el soporte, y esperé unos segundos, antes de preguntar:

—¿Lo registraron?

—Seguro, teniente. Un patrullero vuela hacia ese teléfono.

—Llegarán tarde. ¿Anotaron las señas que ese engendro anunció?

—Claro. Además, está todo registrado en la cinta.

—Avisen a Jefatura. En esa dirección hay un cadáver, aunque sólo Dios sabe en qué estado... Yo iré allá, tan pronto regrese el teniente Masón.

—Podemos pedir un relevo para usted, si lo cree oportuno...

Lo pensé unos instantes.

—En todo caso —decidí—, sólo si es posible disponer del sargento Skouras.

—Lo intentaremos.

Colgué, con la cólera hirviendo dentro de mí.

Vicky me rodeó el cuello con sus brazos desnudos, y susurró:

—Ahora ya no tengo ningún miedo, George, querido. Creo que

me he convertido en una mujer completa entre tus brazos. Todo ha cambiado tanto, en ese corto tiempo...

—Nada ha cambiado, en lo que respecta a tu seguridad. No olvides eso, ni descuides las precauciones.

Estábamos de nuevo abrazados, amándonos profundamente, cuando llamaron a la puerta.

Ella saltó, y corrió a refugiarse en el baño.

Yo fui a la puerta, con el revólver en la mano.

Era el sargento Skouras, y a él le confié la seguridad de Vicky, de ese inesperado sueño que había surgido en mi vida rota, para tratar de recomponerla.

Ojalá pudiera.

CAPÍTULO XIII

El cuerpo colgaba del techo, cabeza abajo.

O lo que una vez fuera un cuerpo, porque aquel despojo había sido lacerado de tal modo, que no era otra cosa que una masa sangrante y despedazada, que aún goteaba sangre cuando llegué al sótano, donde ya los hombres del Departamento estaban trabajando.

Y aquello era lo que el sádico asesino me reservaba...

El médico forense tenía el rostro gris, cuando se apartó de aquella cosa espantosa que se balanceaba suavemente.

—Es superior a todo cuanto había visto hasta ahora —jadeó, pasándose un immaculado pañuelo por la frente bañada de sudor.

—Creo recordar que dijo usted lo mismo en otra ocasión, doctor.

—Lo de la chica... Bueno, esto lo supera. Podríamos decir que el asesino se ira superado a sí mismo, suponiendo que se trate del mismo.

—Lo es sin ninguna duda —afirmé, rechinando los dientes.

—Entonces, teniente; atrápenlo cuanto antes, porque si continúa superando sus propias marcas... Bueno, creo que, si fuera así, yo dimitiría.

—Doctor, si no le atrapamos en cuestión de horas, yo no podré ni siquiera dimitir, porque el próximo en su lista soy yo. Ha prometido hacerme lo mismo que a ese desgraciado.

Se quedó rígido, mirándome con manifiesta lástima.

—No quisiera estar en su lugar, Mac Lean —gruñó—. Ni por todo el oro de este mundo.

Y se fue trotando, en busca de espectáculos más alegres que ese péndulo humano que se balanceaba goteando sangre.

Los muchachos estaban haciendo un buen trabajo, y me mantuve al margen. Se disponían a descolgar aquella piltrafa cuando Masón llegó, disparado.

—Me dijeron en Jefatura que te encontraría aquí...

Su voz se ahogó cuando vio aquello. Volviéndose, me miró con ojos desorbitados.

—La muestra —dije—. Para que yo sepa lo que se propone hacerme, cuando me eche el guante.

Esta vez él fue el más débil. Dominando las arcadas, se fue y, cuando volvió, tenía el rostro de un gris apagado y sucio.

—Lo siento... no pude evitarlo —jadeó.

—Yo empiezo a acostumbrarme. ¿Por qué tenías tanta prisa?

—Hice que todos los hombres disponibles se agarraran a los teléfonos. Giuseppe Pirro no fue ingresado en ningún sanatorio mental, ni privado, ni dependiente del Estado.

—De modo que anda suelto.

El señaló la camilla cubierta por una sábana, que en esos instantes estaba siendo sacada del sótano.

—No podía ser de otro modo, con esa muestra. Supera en ferocidad a todo lo que Tony hiciera en su vida.

Abandonamos el sangriento escenario, poco después, y, una vez en la calle, él gruñó:

—¿Y ahora qué? Estamos atascados otra vez.

—El dará, también, el próximo paso. Tiene que arriesgarse para poder cazarme a mí. Y quiere a Vicky también. Por ese lado, me he ocupado de exasperarle todo cuanto ha sido posible. Debe haberse vuelto mucho más loco de lo que está, después de hablar conmigo.

El cabeceó.

—Escuché la cinta grabada por los técnicos... Hiciste una buena representación, muchacho.

—No fue ninguna representación, Fred.

—¿Qué?

—Creo que me he enamorado realmente de esa chiquilla. Y ella de mí, lo cual es realmente increíble, ¿no te parece?

—¡Ajá! Confieso que pensé en la posibilidad de que sucediera eso. Tuve esa esperanza, por lo menos, porque era la única manera de hacerte regresar al mundo de los vivos.

—Ese regreso está aún en el alero, mientras esa bestia dañina ande suelta.

—Eso me sugiere otra cuestión, George... ¿Cómo supo ese loco que Waller estaba escondido en ese sótano?

Lo pensé, y no hallé ninguna respuesta.

El añadió:

—Se supone que el tipo es un completo forastero en la ciudad. Ha vivido toda su vida encerrado en un sanatorio u otro... ¿Quién le guía, quién le ayuda a ocultarse y a descargar sus golpes? Se me ocurre que para él desenvolverse en esta ciudad es como si yo me hallara, de repente, en una población del planeta Marte.

—Ya veo...

—Hay alguien más, George... alguien que guía los pasos del loco. Alguien que le protege y oculta.

—¡Pinky Carvert, tal vez! No hemos vuelto a ocuparnos de él.

—Bien pudiera ser... Ese maldito tipo es capaz de todo por dinero, y debe haber mucho dinero de Tony danzando de un lado a otro. Creo que iré a hacerle otra visita de cortesía...

—De acuerdo. Entretanto, me ocuparé de revisar las colecciones de huellas «levantadas» en el canódromo. Tal vez Pinky estuviera allí, y fue el que escapó. Es un tipo escurridizo, tú sabes.

—De acuerdo. Nos reuniremos más tarde, en tu casa.

Nos separamos, y yo me encaminé a mi despacho.

Allí encontré otra buena sorpresa, desde luego.

CAPÍTULO XIV

Anocheecía cuando regresé a mi casa. El coche de Fred estaba ante la entrada, detrás del utilizado por el sargento Skouras.

Entré y ambos me contemplaron con ojos iracundos.

Masón gruñó:

—Pudiste haber telefonado durante el día, ¿no te parece?

—¿Por qué? Estuve muy ocupado.

—¡Maldita sea tu estampa! Hay un asesino loco pisándote los talones, y tú desapareces como si la tierra te hubiera tragado. ¿Qué imaginas que debemos pensar?

Miré a Vicky, sorprendiendo la ansiedad y el ansia en sus ojos.

—Comprendo... Lo siento, pero no se me ocurrió. La única disculpa es que no tuve un segundo de respiro en todo el día.

—¿Por qué, dónde estuviste?

—En los laboratorios, en mi despacho, en el Departamento de Identificación... y en casa del viejo Dumitriu.

—¿Viste al alcohólico?

—Hube de levantarlo del suelo. Estaba como muerto, y perdí horas para lograr despejarle. Pedí ayuda al médico incluso hasta que pude devolverle un poco de sentido común en su alcoholizado cerebro.

—¿Y todo eso para qué? Ya le saqué todo lo que recordaba, cuando estuve a verle la última vez.

—No, todo, viejo. Ahora es más imprescindible que nunca terminar con ese engendro, y para eso he ideado un plan. Tal vez de resultado.

—Lo dudo. El fulano está loco, pero no es idiota, por lo que hemos visto hasta ahora.

—Escucha... la última vez que hablé con él por teléfono, le hice saber que Vicky estaba en mi casa, custodiada día y noche. Eso le habrá dado mucho en qué pensar, y lo más seguro es que haya

buscado un lugar desde el que espiar esta casa. ¿No te parece?

Skouras gruñó su asentimiento.

Fred pareció dudar.

—Sería muy arriesgado por su parte.

—Debe arriesgarse, si quiere poseer a Vicky y acabar conmigo. Ambas cosas son para él igualmente importantes, vitales más bien, aunque no creo que ninguna de ellas tenga prioridad sobre la otra.

—¿Qué diablos quieres decir con este lío?

—Que aprovechará la primera ocasión que se le presente para dar el golpe, sea éste contra mí o contra Vicky.

—Sí, bueno, aunque así sea, falta saber qué entenderá él por «ocasión». Sabe que estamos aquí, y que le volaremos sus podridos sesos, en cuanto asome el hocico por la puerta.

—Confío en que sepa que estamos aquí, porque espero que nos vea salir de estampida.

Me miraron, estupefactos.

—¿Te has vuelto loco tú también? —tronó Masón—. ¿Pretendes que nos larguemos, dejando sola a Vicky?

La miré a ella.

—¿Quieres acabar con esta situación, con la amenaza que pende sobre nuestras cabezas, amor mío?

Ni siquiera titubeó:

—Sí, George.

—¿Incluso arriesgándote?

—Confío en ti. Sé que estaré segura, haciendo lo que dispongas.

Fred soltó una maldición.

—¡Es encantador el confiado afecto de los enamorados! Pero hemos de luchar con un loco. ¿Algunos de los dos lo recuerda?

—No lo olvido ni un segundo —dije—. El sabe que Vicky está aquí. Y acecha... vigila como una bestia en la selva. No sé dónde se oculta, ni cómo nos tiene vigilados, pero estoy seguro de que no pierde de vista esta casa. Bueno, nos verá marchar a escape a los tres, tomar nuestros coches y salir disparados en la misma dirección.

—¿Dejándola sola a ella?

—Ni más ni menos. Antes de salir, yo descolgaré el teléfono, ante la ventana, para que, si él puede, me vea. Cuando cuelgue, daré muestras de una gran excitación, y, tras esto, saldremos de

estampida.

—Y él se apresurará a atacar. Vicky estará indefensa y a su albedrío.

—No atacará hasta pasado cierto tiempo. No es ningún idiota, tú mismo lo dijiste en una ocasión. Esperará a estar convencido de que no volvemos, de que la pantomima no es una trampa. Sólo cuando se convenza de ello, se decidirá a entrar en busca de Vicky.

—¿Y entonces, qué?

Me encaré con la muchacha.

—¿Estás dispuesta a correr ese riesgo, pequeña?

—Sí, George.

—Hasta aquí, de acuerdo, entonces. Nosotros pilotaremos los coches a toda velocidad hasta doblar la tercera esquina, como si todos nos dirigiésemos al mismo lugar. Sólo que nos detendremos donde yo indique, y regresaremos por las calles posteriores hasta el jardín vecino al mío. Allí esperaremos, sin respirar siquiera, hasta que él aparezca.

—Y yo, ¿qué he de hacer entretanto? —preguntó Vicky.

A pesar de todo, su voz temblaba un poco.

—Nada, sólo dejarte ver, de vez en cuando, en la ventana, como si estuvieras espionando nuestro regreso. Lógicamente, estás inquieta, al verte sola. Echas frecuentes vistazos a la calle, ansiando que alguno de nosotros vuelva pronto. ¿Comprendes?

Asintió con un gesto.

De modo que, tras un último cambio de impresiones, me dirigí al teléfono, frente a la ventana, y lo descolgué como si respondiera una llamada.

Instantáneamente, la voz del técnico que estaba a la escucha dijo:

—¿Va usted a llamar, teniente?

—No, en absoluto. Pero manténganse más alerta que nunca, a partir de este instante...

Simulé una gran excitación, y tanto Masón como Skouras colaboraron, bien haciéndome preguntas, acosándome, mientras yo les hacía gestos de que me dejaran escuchar.

Cuando colgué, la cosa fue todavía mejor, y unos instantes más tarde, abracé a Vicky, la besé apresuradamente, y todos echamos a correr hacia la puerta.

Ella se quedó un instante en el umbral, mientras yo me volvía para gritarle:

—¡Cierra la puerta y no abras a nadie, Vicky!

Los coches rugieron, al ponerse en marcha. Los neumáticos chillaron sobre el asfalto, y los tres lanzamos los vehículos calle abajo, como si se tratara de ganar una competición.

Corrimos como demonios hasta que doblamos la esquina. Aún seguimos algunas calles más a la misma velocidad, y luego redujimos la marcha poco a poco, hasta entrar en un aparcamiento.

Cuando salimos de nuevo, Skouras suspiró:

—Ojalá no se haya equivocado usted, teniente, y ese salvaje espere, antes de decidirse a asaltar la casa.

—No estamos muy lejos. Vamos.

Recorrimos las solitarias calles residenciales, huyendo de las luces. Cuando, al fin, me vi en las cercanías de mi propia casa, sentí que el corazón golpeaba en mi pecho como el pistón de una máquina de vapor.

—Las luces siguen encendidas —musitó Fred, agazapándose detrás del seto de mis vecinos.

Todo estaba tranquilo.

Guié al sargento Skouras hasta una robusta acacia, donde se ocultó perfectamente, con la mano sobre la culata de su revólver.

Entonces, yo avancé pegado al suelo, atravesé el seto, arañándome la cara, y me detuve aplastado contra la tierra, a escasas yardas de mi propio jardín.

Y se inició el exasperante, agotador, tiempo de espera.

CAPÍTULO XV

Levantando la cabeza, podía ver el rectángulo luminoso de la ventana de mi salón. De vez en cuando, la sombra de Vicky era proyectada por la luz, y luego desaparecía.

La muchacha estaba siguiendo las instrucciones, al pie de la letra.

Aunque imaginé con cuánta angustia contenida...

Nunca supe el tiempo que transcurrió. Cambié de posición para distinguir mejor la ventana, aunque siempre pegado al suelo, como un gusano.

Y entonces, como si hubiera brotado de la tierra, una sombra, que no procedía de la ventana, se movió cautelosamente entre los descuidados arbustos.

Sentí todos mis nervios ponerse rígidos. Saqué el revólver con infinito cuidado, y seguí esperando.

La sombra se materializó cerca del rectángulo luminoso, atisbando en todas direcciones.

Era la silueta de un hombre de mediana estatura, fuerte y macizo. Le seguí con la mirada, moviendo el cañón del revólver al mismo tiempo.

Le vi desplazarse poco a poco, como una fiera al acecho. Se detuvo mirando hacia el interior iluminado, y pude oír un apagado quejido.

Había visto a Vicky de cerca.

Entonces pareció decidirse, y caminó, agazapado, hacia la puerta.

Me levanté con cautela, y llegué a la esquina, a tiempo de verle subir al porche y llamar.

Sólo que entonces hizo algo sorprendente.

Tan pronto hubo llamado, retrocedió y echó a correr hacia la esquina. Comprendí que quería atraer a Vicky hacia la puerta para

intentar colarse por la ventana, sin que ella alborotara...

Casi tropezó conmigo, cuando le cerré el paso.

—¡Detente, o te llenaré de plomo! —grité.

Dio un salto increíble, retorciéndose en el aire, y cayó sobre mí, como una bala de cañón. Ambos rodamos por el suelo y, en un instante fugaz, vi el siniestro brillo del cuchillo que empuñaba.

—¡Tú, maldito...! —jadeó.

Le disparé a boca jarro, pero no pude detener la hoja de acero.

La sentí penetrarme en el cuerpo, y todo el fuego del infierno pareció arder dentro de mí.

Tiré del gatillo una vez más, y noté su estremecimiento. Los pasos de mis compañeros se acercaban, a la carrera, y empezaban a sonar gritos por todas partes.

El desenterró el cuchillo y lo elevó una vez más por encima de mí. Hice fuego una y otra vez, mientras todo parecía diluirse a mi alrededor, en medio de una bruma roja como la sangre, en mitad de una tormenta de ira y de odio, que no pareció calmarse hasta que el percutor de mi revólver pegó en un casquillo vacío, y alguien comenzó a tirar del peso que me aplastaba...

—¡George! ¿Estás bien?

Masón dio un puntapié al corpachón del muerto, y se inclinó sobre mí.

—Me dio —dije—. Logró salirse con la suya, en parte... pero no pudo acercarse a Vicky... esa mala bestia... Míralo, Fred...

—He de ocuparme de buscar un médico. No te muevas, entretanto.

—Trae una luz... quiero verle la cara a ese perro.

Vicky llegó, sollozando, sostenida por el sargento Skouras. Se dejó caer junto a mí, y empezó a besarme, entre lágrimas y sollozos. Las lágrimas tenían un sabor salado... Los besos eran dulces, y ardían tanto como mi herida...

Masón se fue a la casa, y encendió las luces del jardín. Skouras estaba discutiendo con los curiosos, que intentaban acercarse.

Tenía la boca de Vicky apretada contra la mía, cuando oí el grito de Masón. Fue un grito de estupor, de absoluta incredulidad.

Entonces aparté la cara y, todavía tendido sobre el césped, dije:

—¿Le reconoces, Fred?

—¡Es igual que Tony Pirro, su vivo retrato...!

—Dumitriu consiguió recordar que los hermanos eran gemelos...

—¡Condenación! Debió ocurrírseles antes que, siendo gemelos, Giuseppe trataría de vengar a su hermano...

—No...

—¿Cómo qué no?

—No es Giuseppe, Masón.

Vicky contuvo el aliento.

Fred me miró como si creyera que el loco era yo.

—¿Cuántos hermanos gemelos pretendes que existieron? —
Gruñó, perplejo.

—Sólo ellos dos.

—Entonces, no puede ser otro que Giuseppe Pirro, porque Tony cayó ante nuestros ojos, acribillado por ti.

Traté de incorporarme, apoyándome en la muchacha.

Así pude ver la cara del cadáver.

—Fue al pobre demente a quien maté en el garaje... Ese sucio bastarlo lo utilizó para engañarnos, y poder moverse con absoluta libertad...

—¿Quieres decir que éste es...?

—Tony Pirro, Fred. El estaba, realmente, en aquel garaje... en compañía del pobre loco inofensivo. Fue él quien entabló el combate, y, cuando yo entré en el garaje, precipitó a su hermano hasta el rellano. Me sorprendió su absurda manera de aparecer, pero, en medio de la vorágine de violencia, no pude pensar en otra cosa más que en acabar con ese criminal...

—¡Maldita sea mi stampa! Nos la jugó buena. Habrá que ver los periódicos, después de eso.

—Al infierno... con los periódicos —dije, apenas sin voz.

Vicky me abrazó, sosteniéndome apretado contra ella, esperando que llegara el médico. Estaba besándome, cuando perdí el conocimiento.

Todo eso me perdí, aunque pudiera recuperarlo en el hospital, cuando recobré el sentido.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE**

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



